

Luis de Squirar

7

La llave de oro

1-X-56



LA LLAVE DE ORO

DRAMA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DON LUIS DE EGUILAZ

De la sociedad de Autores dramáticos

LA LLAVE DE ORO.

Representada por primera vez con extraordinario éxito en el
teatro del Príncipe el 1.º de Octubre de 1854.

Imprenta de José Rodríguez, Calle del Factor, núm. 2.

LA LLAVE DE ORO.

LA LLAVE DE ORO,

A DIEGO PARADA Y BARRETO.

DRAMA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO

POR

DON LUIS DE EGUILAZ.

(De la sociedad de Autores dramáticos.)

Representado por primera vez con extraordinario éxito en el teatro del Príncipe el 1.º de Octubre de 1856.

MADRID.

Imprenta de José Rodríguez, calle del Factor, núm. 9.

1856.

Centro de Documentación de
los Artes Escénicos de Andalucía
JUNTA DE ANDALUCÍA

R. 12391

LA LLAVE DE ORO.

DRAMA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DE DON LUIS DE EGUILUZ.

(De la sociedad de autores dramáticos.)

La propiedad de esta comedia pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en los teatros de España y sus posesiones ni en los de Francia y las suyas.

Los corresponsales de los Sres. Gullon y Regoyos, editores de la galeria lirico-dramática EL TEATRO, son los encargados exclusivos de su venta y cobro de sus derechos de representacion en dichos puntos.

MADRID.

Imprenta de José Rodríguez, calle del Factor, núm. 2.
1854.

Centro de Documentación de
las Artes Escénicas de España

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES

A DIEGO PARADA Y BARRETO,

LICENCIADO EN MEDICINA Y CIRUJIA.

Amigos y condiscípulos desde la niñez, con iguales ó muy semejantes inclinaciones, juntos corrieron nuestros primeros días, juntos hicimos nuestros versos primeros. ¿Te acuerdas, Diego, de nuestro querido y venerado maestro D. Juan Capitan, de aquel anciano cariñoso, sabio que con tanta solicitud dirigió nuestros estudios, santo que ahora con el paternal afecto que nos profesaba, vela por nosotros desde el cielo? Pocos han sabido tanto en el mundo, pocos han brillado menos, pocos han tenido sus virtudes. ninguno acaso su sencillez y su modestia. ¡Oh! Cuando evoquemos recuerdos de la niñez siempre será el suyo el mas agradable para nosotros. Despues de la muerte del maestro no he vuelto á pisar el hermoso suelo de nuestro encantado pais. Si alguna vez torno á entrar por los antes bulliciosos patios del Instituto de Jerez, van á parecerme desiertos: yo que siempre los he atravesado con la sonrisa en los labios, porque iba á ver al que no veremos mas, voy por vez primera á derramar lágrimas en ellos. ¡Lágrimas dulces de que mis ojos estan ansiosos!

Mucho, amigo mio, han variado los tiempos desde que juntos estudiábamos bajo su direccion: Ya han pasado para nosotros los dias de los alegres certámenes de la Porvera, de las ruidosas expediciones á la puerta de Rota: los niños se han hecho hombres: el tiempo, el trabajo y la experiencia se han encargado de acabar con nuestras infantiles ilusiones: tú has luchado ya muchas veces cuerpo á cuerpo con la muerte: yo he escrito *Verdades amargas* y *Las Prohibiciones*; tú eres médico, yo autor dramático. De aquellos felices dias solo nos queda la memoria.

Perdóname este recuerdo de lo pasado si te ha entristecido: tambien mi alma al evocarlo se llena de melancolia; pero esta melancolia tiene toda la dulzura de la felicidad; es esa impresion indecible, dolorosa á la par que llena de encantos, que sentimos en un hermoso dia de invierno al atravesar un dilatado jardin medio agostado. Perdóname, repito, y hablemos de tiempos mas cercanos. ¿Recuerdas el dia en que te conté el argumento de este drama? La noche anterior lo habia imaginado en medio de una horrible calentura: tan enfermo estaba entonces que hasta cuatro meses des-

pues no pude salir de mi gabinete. En aquellas tristes y largas horas el amigo fué mi consuelo, el médico mi salvador. ¿Podré yo pagarte alguna vez lo que entonces, antes y ahora te has desvelado por conservar mi salud, gastada por el trabajo y las amarguras de la vida incierta y aventurera que en Espana tenemos los poetas de profesion? Pienso que no.

Estas líneas no tienen mas objeto que presentar al público tu nombre unido al mio, y aun en esto salgo yo muy ganancioso, que presto tu nombre, ó mucho me equivoco, alcanzará la mas alta gloria, la de ser repetido con lágrimas de alegría por la madre á quien habrás conservado su hijo, por el hijo que te deberá su madre.

El porvenir te abre sus puertas de oro: tienes talento y fé y estudio: profesas tu ciencia como un sacerdocio. Si la gloria que tú alcances no me halagara tanto como la que yo pudiera conseguir, envidiaria la noble corona que un dia ceñirá tus sienes.

LUIS DE EGUILAZ.

Madrid 30 de setiembre de 1856.

Conforme con el Censor el Ilmo. Sr. D. Juan Eugenio Hartzenbusch, puede representarse este drama en tres actos, titulado La Llave de oro.

P. O. de S. E.

ESCOBAR.

(*) en el texto figura con el nombre de Papagay
(**) en el texto figura le Oviario en el texto.

PERSONAJES. ACTORES.

D. ^a LEONOR DE UNZUETA.	D. ^a MARIA RODRIGUEZ.
MARGARITA.....	D. ^a RAFAELA TIRADO.
MARI-BARRIENTOS.....	D. ^a CONCEP. SAMPELAYO.
D. ^a JUANA DE VELASCO.	D. ^a ANTONIA VALERO.
(*) EL DOCTOR CASTRO.....	D. MANUEL OSSORIO.
ANTON GIL.....	D. ANTONIO PIZARROSO.
JULIAN VALCARCEL.....	D. ANTONIO ZAMORA.
(**) D. GASPAR DE GUZMAN.	D. ANTONINO BERMONET.

Damas, Caballeros, Ujieres y Guardias.

Madrid, 1643.

PUESTA EN ESCENA

POR

DON DIEGO LUQUE.

LOS FIGURINES.

DE

DON MANUEL CASTELLANO.

(*) En el texto figura con el nombre de Gaspar

(**) Es el Conde-duque de Olivares en el texto.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Leonor. Puerta al foro ; á cada lado de ella una ventana de asiento con rejas muy salientes que dan , como la puerta , á un jardín : en el alfeizar de las ventanas , cuyas rejas estarán casi cubiertas de enredaderas , varias macetas de flores. Puertas laterales. Las vidrieras de las ventanas y las hojas de la puerta del foro abiertas : los muros de la habitación enteramente blancos y sin friso : las hojas de las puertas de tableros de cedro y caoba : los huecos con jambas esquinadas de las mismas maderas : el techo un artesonado sencillo. Varios cuadros al óleo con marcos negros : taburetes y sillones de nogal y baqueta : una mesita , sobre la que habrá todo lo necesario para coser y bordar.

Por las ventanas y puerta del foro penetrarán algunos rayos de sol.

ESCENA I.

LEONOR , MARGARITA , GASPAR.

(Leonor aparece á la derecha sentada junto á la mesa bordando. Gaspar, tambien sentado, á la iz-

quiera y con la niña sobre las rodillas, observándola y tomándole el pulso.)

GASPAR. Tranquilízate, Leonor.

Merced á Dios está buena.

MARGAR. ¿Lo veis? No quieren creerme.

LEONOR. Ven acá, pues.

MARGAR. ¿Beso?

(Yendo hácia su madre.)

LEONOR. Besa.

¡Eh! Vamos, ya basta. Ahora

decid, señora traviesa,

¿os hallais doliente ó no?

MARGAR. Tío, ¿no dice la ciencia *(A Gaspar.)*
que estoy buena?

GASPAR. Sí.

MARGAR. Ya veis. *(A Leonor.)*

Su mercé ha cursado escuelas

y es doctor por Salamanca,

y pasa noches enteras

releyendo esos librotos

en que hay pinturas tan feas

de esqueletos y de muertes,

que pone pavor el verlas.

Con que cuando él se lo dice,

verdad debe ser por fuerza.

LEONOR. Entonces, señora mia,

¿de qué nace esa tristeza?

¿Por qué llorando y gimiendo

cada día se la encuentra?

¿Qué significa ese llanto

en que de noche se anega?

¿Qué los tiernos suspiritos?

¿Qué?..

GASPAR. Sí, ¿qué? Vamos, contesta.

MARGAR. ¿Se enoja, señora madre,
porque lloro?

LEONOR. Me dá pena.

MARGAR. ¿Y no quiere que me aflija?

¿Quiere que viva contenta?

LEONOR. Sí, sí.

MARGAR. Pues eso haré yo

si vuesa merced lo ordena.

¿Es mal hecho?

LEONOR. Muy mal hecho.

MARGAR. ¡Oiga! ¿Y por qué lo hace ella? (Cuadrán-

LEONOR. ¡Yo! dose.)

GASPAR. ¿Qué dice? (Levantándose.)

MARGAR. Sí, señora.

Sí, sí, sí. Lo dicho. ¿Piensa

ucé que porque soy niña

no miro? Cuando se alejan

señor padre y vuesarced (A Gaspar.)

y sola conmigo queda,

hace como que trabaja:

mas poco á poco, suspensa

á manera de una imagen,

mas dormida que despierta

va quedando... Yo me acerco

de puntillas para verla,

y le digo: «¿Qué teneis?»

«Nada, nada... juega, juega.» (Imitándola.)

Con el rabillo del ojo

la miro... ¡y me dá una pena!

LEONOR. Calla.

GASPAR. Sigue.

MARGAR. Brotar veo

dos lágrimas como perlas

de esos ojos tan hermosos

que Dios le ha dado... y por fuerza

al ver que su merced llora,

¿yo qué he de hacer? ¿Soy de piedra?

LEONOR. ¡Eh! vamos...

GASPAR. ¿Qué es esto, prima?

LEONOR. ¿Crédito das?..

MARGAR. No creedla. (A Gaspar.)

¿Quiere llorar y llorar, (A Leonor.)

y ponerse luego enferma,

y anochecer con sollozos

y amanecer con ojeras?

No, no: este le pondrá coto. (Por Gaspar.)

Aunque luego me reprenda (A Leonor.)

señor tío ha de saberlo

desde la cruz á la fecha.

GASPAR. ¿Qué dices, Leonor?

LEONOR. Que son (*Aturdida.*)
niñerías, inocencias...

Ella lo cree y lo dice.

MARGAR. Pues cuando lo dice ella... (*A Gaspar.*)

Niños y locos... ¿estamos? (*A Leonor.*)

Con que á reñirle. Que aprenda. (*A Gaspar.*)

GASPAR. ¿Con que tú tienes pesares
y me los ocultas?

LEONOR. Cesa.

GASPAR. ¡Al amigo de tu infancia!

¡Al que solo está en la tierra
por tí!..

LEONOR. ¿Pero tú das crédito?..

Buena la has hecho. (*A Margarita.*)

MARGAR. ¡Muy buena!

GASPAR. ¡Oh!..

MARGAR. Si quiero que le riñan.

Así se pondrá contenta.

LEONOR. ¿Qué sabes tú lo que dices?

Vamos, Gaspar, no la creas.

MARGAR. A ver, señora, qué tiene

en los ojos, que los cierra?

¿Ha traído polvo el viento?

(*Pasándole el dedo por el lagrimal.*)

¿Algun granico de arena?

LEONOR. ¡Por Dios!

MARGAR. ¡Oh! mirad, mirad!

Niñerías... inocencias... (*Imitándola.*)

(*Mostrando alternativamente el dedo á Gaspar y Leonor.*)

¿Qué tengo aquí? ¿Es agua esto?

¿Es rocío de la huerta?

GASPAR. { ¡Oh!..

LEONOR. {

MARGAR. Ya lo veis. Con que duro. (*A Gaspar.*)

No, no, no, no valen señas. (*A Leonor.*)

GASPAR. ¡Leonor!..

LEONOR. (¡Dios mío!)

GASPAR. ¿Qué es esto?

¿Tú sufrimientos? ¿Tú penas?

MARGAR. No querrá decir por qué.

¿pero no tengo yo lengua?
Cuando señor padre tarda,
¿os figurais que se acuesta?
Pues no señor. Vestidica
se pasa la noche en vela,
llorando á mas y mejor,
y siempre reza que reza.
Ella piensa que yo duermo,
y gime que se las pela
sin cuidado, y se levanta,
y á mí se viene y me besa.
Yo... muy acurrucadita,
me hago la dormida al verla,
y mas de una vez sus lágrimas
me mojan la cabecera.

LEONOR. ¡Vamos! vamos... ¡Ay! ¿no miras
(A Margarita mudando de tono y con sultura afectada.)

qué sol hace y cómo quema?
¡Buenas se pondrán tus flores
si mas sin riego las dejas.

MARGAR. ¡Ay!... ¡es verdad!

LEONOR. Vé.

MARGAR. Voy, voy.

¡Pobrecicas azucenas! (Corre al foro.)

¡Ah!... no os dejéis engañar,

(A Gaspar volviendo.)

que es ella muy zalamera,

y os hará creer que mienta.

LEONOR. ¿No vas?

MARGAR. ¿Qué? ¿no se me besa?

(A Leonor presentándole la cara.)

LEONOR. ¡Hija mia! (Besándola repetidas veces.)

MARGAR. ¡Así la quiero!

¡Duro en ella! ¡duro en ella!

(A Gaspar desde el foro.)

ESCENA II.

LEONOR, GASPAS.

LEONOR. ¡Oh!...

GASPAR. Ya estamos solos. Habla.

LEONOR. No puedo. Me da vergüenza
de fiar aun de tí mismo
mis insensatas sospechas.

GASPAR. ¿No soy para tí un hermano?

Si aun lucho con la dolencia

que va mi ser corroyendo,

¿que amor á la vida sea

esta lucha te imaginas?

La vida, Leonor, me pesa.

Vivo por tí y para tí;

porque pienso que aun pudiera

de algo servirte en el mundo.

Guárdate muy norabuena

tus alegrías, sí; pero...

no me robes tus tristezas.

LEONOR. ¡Gaspar!

GASPAR. Tu madre y'la mía, (*En tono solemne.*)

dos santas que el cielo alberga,

que tu secreto reveles

hoy por mi boca te ordenan.

Quisieron que hermanos fuésemos

como ellas hermanas eran...

Hermana, partir tus lágrimas

tu pobre hermano desea.

LEONOR. Deja ese tono sombrío,

que mas que este mal me afecta.

Es verdad que lloro á veces...

¿quién hay que llanto no vierta?

mas para hacer tu alegría

darte mi pesar quisiera.

Julian...

GASPAR. ¡Tu marido! (¡Cielos!)

LEONOR. Mal he dicho, mi demencia,

á ratos tiéneme triste.

Como el viento pasajeras

son estas nubes de estío:

él las trae, él se las lleva.

Decirlo rubor me causa.

Estoy... celosa.

GASPAR.

¿Recelas?..

¡Imposible!

- LEONOR. ¿No es verdad?
(*Con rapidez. Se levanta.*)
- GASPAR. ¡Imposible! El que posea
tu amor, desear no puede
amor ninguno en la tierra.
- LEONOR. Y Julian, que me quería...
Es cierto que ahora se aleja
de mí... que está menos tierno...
que no soy su única idea...
Pero eso sin duda alguna
les pasa á todos. ¡Por fuerza!
Los hombres cuando se casan...
¿No es así? ¡soy una necia!
¡No es mi galán: es mi esposo!
mejor galán le quisiera...
pero... ¿qué le hemos de hacer?
no hay mas que tener paciencia.
- GASPAR. Sí. (¿Qué es esto?)
- LEONOR. ¿No es verdad?
- GASPAR. Sí.
- LEONOR. Pero á veces...
- GASPAR. No temas.
- LEONOR. Cuando el señor conde-duque
no le protegía, era
Julian muy distinto : ahora
solo en encumbrarse sueña.
(*Movimiento de Gaspar.*)
No me riñas. Sé muy bien
que es natural que así sea:
que es padre, y para su hija
cual todos subir anhela.
¡Pero era yo tan dichosa
antes con nuestra pobreza!
- GASPAR. No pienses así. (¡Dios mío!
¿será posible que pueda...)
- LEONOR. ¿Qué tienes? ¿Te pones malo?
- GASPAR. No es nada.
- LEONOR. Hoy como la cera
estás pálido.
- GASPAR. No importa.
- LEONOR. Pero...
- GASPAR. ¿Querrá la enfermera

- mas que el médico saber?
Este mal su marcha lleva,
y no hay riesgo todavía.
- LEONOR. Ni le habrá. (*Con seguridad.*)
- GASPAR. ¿Quién hay que sepa?..
Puede que no.
- LEONOR. ¿No es verdad?..
- GASPAR. La pulsacion está buena.
(*Tomándose el pulso.*)
- LEONOR. ¡Qué fria tienes la mano!
- GASPAR. (Poco que sufrir me resta.)
¡Bah! ¡bah! Tranquilízate.
- LEONOR. Ahora está ardiente, ahora quema!
- GASPAR. (¡Está entre las suyas!)
- LEONOR. Mira,
¿quieres que un doctor te vea?
- GASPAR. ¿Pues no lo soy yo?
- LEONOR. Es que tú,
sumido en esa tristeza...
- GASPAR. Esta tristeza es un síntoma
de mi mal.—Recelos deja,
y volvamos á tus celos.
¡Oh!... ¡tú sí que estás enferma!
- LEONOR. No, ya los has disipado.
Sándia he sido, seré cuerda.
¡Ah! gracias, primo.
(*Volviéndole á tomar la mano.*)
- GASPAR. ¡Leonor!
- MARGAR. ¡Buen modo de reprenderla!

ESCENA III.

DICHOS, MARGARITA.

- LEONOR. ¡Margarita!
- MARGAR. ¿Ha confesado? (*A Gaspar.*)
¿No la veré mas llorosa? (*A Leonor.*)
- LEONOR. No. (*Acariciándola.*)
- MARGAR. Su premio es esta rosa. (*A Leonor.*)
Esotra habeis vos ganado. (*A Gaspar.*)
- LEONOR. ¡Hija!
- GASPAR. Gracias...
- MARGAR. Ved que sigo

de mil recelicos llena.
¡Con que cuenta con ser buena,
y cuidadito conmigo!

ESCENA IV.

DICHOS, MARI-BARRIENTOS.

BARRIEN. ¿Dan permiso para entrar?

(*En la puerta de la derecha.*)

LEONOR. Adelante. Tú á leer. (*A Margarita.*)

MARGAR. ¡Eso, eso, siempre aprender!

(*Muy incomodada.*)

LEONOR. ¿Vamos?..

(*La sienta á la derecha y le dá un libro encuadernado en pergamino.*)

BARRIEN. Señor don Gaspar,
que dos mil años la arrastre
con salud useñoria.

(*Trae una capa con la cruz de Santiago.*)

GASPAR. ¿Qué? (*Sin mirarla.*)

BARRIEN. La capa que os envía
maese Dimas... el buen sastre.

GASPAR. Dejadla.

BARRIEN. Y el paño es bello.

¿Es vuestra?

(*Al desdoblarla, viendo la cruz.*)

GASPAR. Si. (*Secamente.*)

LEONOR. ¿Tuya es?

(*Gozosa al ver la insignia.*)

GASPAR. Si. (*Con dulzura.*)

BARRIEN. ¿Con que sois Santiagués? (*Asombrada.*)

GASPAR. ¿Quién mete á la dueña en ello?

BARRIEN. Yo... Santiaguico era el mote
de mi novio maese Iñiguez.

MARGAR. ¡Ay madre! ¡Doña Rodriguez (*Muy vivo.*)
se prendó de don Quijote!

(*Dejando de leer y señalando al libro.*)

LEONOR. Bien. (*Riéndose y mirando á Margarita.*)

BARRIEN. { Con que... (*A Gaspar.*)

LEONOR. {

GASPAR. Idos. (*A Barrientos.*)

BARRIEN. ¡Yo!

GASPAR. Si.
BARRIEN. Bien.
MARGAR. (¡Huy! ¡Cruzado!)
(*Restregándose las manos con alegría.*)
LEONOR. Anda. (*A Barrientos.*)
BARRIEN. (¡Qué horror!)
Voy... (¡Con hábito un doctor!
Per signum crucis amen.)

ESCENA V.

LEONOR, MARGARITA, GASPAR, JULIAN.

(*Julian viste el traje de capitan y trae la media armadura con que pintan á los de su clase en todos los cuadros de la época.*)

LEONOR. ¿Me explicarás?... (*A Gaspar con ansiedad.*)
JULIAN. Dios os guarde.

LEONOR. ¡Julian!

MARGAR. ¡Señor padre!

(*Corre al foro, le toma la mano y se la besa.*)

JULIAN. Adios.

LEONOR. Tarde vienes.

JULIAN. Son las dos.

LEONOR. ¿Y no te parece tarde?

JULIAN. ¡Cómo estoy de guardia! Ahora
que tornar allá tendré.

MARGAR. Ay, no tarde su mercé,
que señora madre llora.

LEONOR. ¡Calla!

GASPAR. No haga caso de ella.

LEONOR. A tu lectura.

MARGAR. Ya voy. (*Vuelve á la mesa.*)

LEONOR. ¿Con que te vas?

JULIAN. Aqui estoy
porque el alferez Centella
queda un punto en mi lugar,
y es soldado sin reproche.
¡Gracias á Dios que esta noche
se van el preso á llevar!

GASPAR. ¿Custodias un preso?

JULIAN.

Si.

Un traidor sin Dios ni ley
que armas hizo contra el rey.
Hoy le sacarán de aquí
para Segovia, y me place
por quien soy tanta presteza,
que responde mi cabeza
de él.

LEONOR.

¡Ay!

JULIAN.

El que me reemplace
si que con razon cumplida
prorumpiera en esa queja.
Si un momento de él se aleja
pena tiene de la vida.

LEONOR.

¡Jesus! No te den á tí
encargos de tal calibre.

JULIAN.

Esta noche quedo libre.

LEONOR.

No hayas temores por mí.
Que allí estés se necesita
para que pierda mi miedo.
¡Oh! Vuélvete.

JULIAN.

Ahora no puedo.

LEONOR.

¿Cómo?

JULIAN.

Tengo aqui una cita.

GASPAR.

Mas...

JULIAN.

Echemos eso á un lado.

¿Qué haciais cuando llegué?

LEONOR.

Hablabamos de...

GASPAR.

Si: de

que un hábito el rey me ha dado.

JULIAN.

¡A tí! (*Con envidia.*)

GASPAR.

A Leonor lo contaba;
y ella por tí cuidadosa
dejando de ser curiosa,
de que es mujer se olvidaba.

LEONOR.

Si.

GASPAR.

Casos extravagantes
de esos que no hay quien lo tope,
sino en comedia de Lope
ó en novela de Cervantes.
Una noche, hará ya un mes,
iba á entrar en casa, cuando

presuroso y jadeando,
llegóse á mí un santiagués.
«¿Sois el doctor Castro?»—Soy.—
«Seguidme»—dijo anhelante,
«va en que perdais un instante
»que España se pierda hoy.»
Seguí al tal desconocido
que los ojos me vendó.
Cuando la venda quitó,
me hallé al lado de un herido.
Con la vista en breve espacio
la cámara registré,
y era tal, que imaginé
al pronto hallarme en palacio.
La faz cubierta de un velo,
de tres hombres asistido
con máscaras, el herido
iba á dar el alma al cielo.
La sangre mal restañada
paso daba ya á su vida
por una ligera herida,
que presto estuvo curada.
Un bolsillo me alargó
el hombre con quien llegué:
altivo lo rechacé,
y el oro al suelo cayó.
Ved, dije, que se equivoca,
si aquí de un crimen se trata,
quien con mordaza de plata
pretenda cerrar mi boca.
Y requiriendo el acero
con voz entera añadí:
«Como médico cumplí;
cumpliré cual caballero.
Ó he de morir ó matar,
ó qué es esto entenderé.»
Toda la respuesta fué
cuatro espadas desnudar.
Al verlas sobre mi pecho
creyéndome asesinado,
de un pensamiento asaltado,
lancéme veloz al lecho;

y por si asi los coarto
el velo arranco al herido...

JULIAN. ¿Y era?

GASPAR. Acercad el oído,
era...

LEONOR. ¿Quién?

GASPAR. Felipe cuarto. (*Muy bajo.*)

LEONOR. ¡El rey!

JULIAN. ¿En el alcázar?

GASPAR. «Has obrado mal»—
díjome—«mas con razon.

Mirarme ha sido traicion:
perdónote por leal.»—

De entonces fiel á su ley

una noche sí, otra no,

con llave que se me dió,

entro á curar á mi rey.

JULIAN. ¿En el alcázar?

GASPAR. No. Va

á casa de su privado,

que es lugar mas reservado.

En el Buen-Retiro está.

LEONOR. ¿Y es grave?...

GASPAR. Le hace sufrir
el recatarla.

LEONOR. ¿Y por qué
la recata?

GASPAR. Herido fué,

y no lo ha de descubrir

en cierto lance de amor.

No os encarezco el secreto

en cosa de tal sujeto.

LEONOR. ¿Y ha cruzado á su doctor?

GASPAR. Solo he querido aceptar

de lo mucho que me ofrece,

lo que menos me parece.

JULIAN. Si estuviera en tu lugar... (*Bruscamente.*)

¿Quién no pide otra merced?

GASPAR. Yo. Quien ni quiere ni debe.

JULIAN. ¿Y así pierdes?.. ¡Siempre llueve (*Con despe-*
cho.)
para quien no tiene sed!

LEONOR. ¡Julian!

- GASPAR. Loco fuera y necio,
á pesar de tus asombros,
si echára sobre mis hombros
las grandezas que desprecio.
- LEONOR. ¡Eh!
- JULIAN. Pues la cruz... (*Con ironia.*)
- GASPAR. Es muy cierto.
Esta enseña bienhechora
hála llevado hasta ahora,
el que mas hombres ha muerto.
Signo de paz en la tierra
dánlo porque bienes labre,
siempre al que la herida abre,
nunca al que la herida cierra.
Al que de entre los humanos
mas llanto verter ha hecho,
se la pintan en el pecho
con sangre de sus hermanos.
Signo de fraternidad
llévola con altivez:
ya era justo que una vez
se diese á la caridad.
Asi con santo estusiasmo
será esa cruz bendecida:
que en pecho del fraticida,
es un horrible sarcasmo.
- JULIAN. Pues no habrá que prodigarlas.
(*En son de mofa.*)
Con que si un rasguño cuidas...
- GASPAR. Pienso en materia de heridas,
que es mas que abrirlas, cerrarlas.
- MARGAR. (*Leyendo con tonillo de escuela.*) «A eso
voy, replicó Sancho. Y dígame ahora, ¿qué
es mas? ¿Resucitar á un muerto ó matar á
un gigante?»
- GASPAR. Por mí razona Cervantes.
(*Riendo y señalando á Margarita.*)
- MARGAR. ¿Está asi bien, madre?
- LEONOR. Si, (*Sonriéndose.*)
- JULIAN. ¡Oh!.. No eras antes asi.
- MARGAR. Es más matar los gigantes.
(*Despues de reflexionar.*)

ESCENA VI.

DICHOS, ANTON GIL, BARRIENTOS.

(Anton y la Barrientos aparecen por el foro derecha. La Barrientos señala desde el foro á los que estan en escena mostrándoselos á Anton, y se vá por la izquierda sin entrar en la habitación.)

BARRIEN. Ahí estan. *(Desaparece.)*

ANTON. La paz de Dios

sea en esta santa casa.

(Desde la puerta del foro.)

MARGAR. ¡Ay madre! *(Asustada al ver á Anton.)*

JULIAN. Pasa, Anton, pasa.

GASPAR. Te dejamos solo. *(A Julian.)*

LEONOR. Adios. *(Id.)*

Ven. *(A Margarita.)*

MARGAR. ¡A jugar! Yo despues. *(A Gaspar.)*

GASPAR. Vos antes, señora mia.

(A Margarita que le deja el paso de la puerta izquierda.)

MARGAR. No, no, no: primero, usia,

caballero santiagués.

(Haciéndole una cortesía exagerada.)

ESCENA VII.

JULIAN, ANTON, EL CONDE-DUQUE.

JULIAN. ¡Anton!

ANTON. Esperad. ¡Señor!..

(Yendo al foro y llamando.)

Mucho honraros se pretende. *(A Julian.)*

JULIAN. ¡El Conde-duque!

(Viéndolo aparecer en el foro.)

CONDE. ¿Os sorprende?

JULIAN. Me enloquece tanto honor.

ANTON. Por órden suya os cité.

JULIAN. Vuestra hechura soy: mandad.

Mi celo ardiente probad,

y mas así os deberé.

Capitan por vos me veo,
por vos va mi frente erguida.
La vida... poco es la vida,
el alma daros deseo.

CONDE. Sé que no es la vuestra ingrata.

ANTON. (Al caso y dejad las flores.) (Al Conde.)

CONDE. Mas no de cobrar favores,
de haceros otros se trata.

JULIAN. Señor...

ANTON. ¿Teneis ambicion?

JULIAN. Mancebo y hombre de espada
fortuna hubiera menguada,
sin esa noble pasion.

ANTON. Quisiérais como el primero
en la corte figurar,
(y un noble escudo ostentar,
y un título?

JULIAN. ¡Que si quiero!

Mas no entiendo...

ANTON. Ya habrá modo
de que entendais.

JULIAN. Si dijérais...

ANTON. ¿Por lograr eso, qué hiciérais?

JULIAN. Todo.

ANTON. ¿Todo?

CONDE. Vedlo.

JULIAN. ¡Todo!

CONDE. Bien. Este pliego tomad
que á entrambos nos interesa,
y á mi esposa la duquesa
con presteza le llevad.

JULIAN. Pero...

ANTON. Su excelencia misma
satisfará, á lo que creo,
vuestro curioso deseo.

JULIAN. Pero la mente se abisma...

CONDE. Id, pues.

JULIAN. ¿Y os he de dejar?

CONDE. Un negocio reservado
tratar quiero, y espiado
no seré en este lugar.

JULIAN. ¿Es sueño?

ANTON. Usarced se aquiete.
JULIAN. ¡Si lo fuera... moriría!
ANTON. ¿Sí?..
JULIAN. Señor...
(*Saluda y váse por el foro loco de alegría.*)
CONDE. (¡Es sangre mial)
(*Al verlo partir.*)
ANTON. (Pues este mozo promete.)

ESCENA VIII.

EL CONDE-DUQUE, ANTON GIL.

CONDE. Cierra esa puerta. (*Por la de la izquierda.*)
ANTON. No liaré.
(*El principio de esta escena con rapidez.*)
CONDE. ¿Qué dices?
ANTON. Ó se equivoca
mi penetracion, ó vamos
á tratar muy graves cosas.
CONDE. Bien.
CONDE. Tras una puerta abierta
no escucha nadie.
CONDE. En buen hora.
Sois, maese Gil, un gran hombre.
ANTON. Vueselencia me sonroja.
Soy un servidor de Dios
y de las almas piadosas.
Un pobre...
CONDE. Que de mis rentas
la parte mas sana cobra.
ANTON. Verdad que me socorreis
con alguna que otra dobla;
mas todo lo gasta en cera
la Virgen de la Victoria.
CONDE. Bien. Dejemos truhanerias.
ANTON. Usencia de mí disponga.
CONDE. ¿Tienes de por qué aqui estamos
sospecha?
ANTON. ¡Yo!.. Ni remota.
CONDE. Maese Gil, vais siendo viejo.
ANTON. Mucho. Tengo un pié en la fosa.

CONDE. Y el ser viejo os hace torpe.

ANTON. Eso...

CONDE. Ha un año, sin demora
os hubiérais puesto al cabo.

ANTON. Sí.

CONDE. Ved si razon me sobra.

ANTON. Usencia mira el efecto,
pero la causa equivoca.
No es que ahora soy torpe, es que
vais siendo muy pobre ahora.

CONDE. ¿Cómo?

ANTON. Usencia ya no paga
el que adivinen las cosas.

CONDE. Es cierto. *(Sonriéndose.)*

ANTON. Y como uno vive
de... de lo que reflexiona...

CONDE. Sois un bellaco.

ANTON. En el mundo
debe haber de todo.

CONDE. Toma.

ANTON. Jé, jé...

(Riendo y queriendo tomar un bolsillo que saca el Conde.)

CONDE. Poco á poco. ¿Sabes
lo que contiene esta bolsa?

ANTON. ¡Pues no! Mi fuerte es el cálculo.
Tendrá... unas cincuenta doblas.

CONDE. Pues por cada buena idea
que vayas teniendo, tomas
una, dos, ó tres ó cuatro.

ANTON. Segun valga. Me acomoda.

(El Conde-Duque va colocando sobre la mesa diferentes montones de doblas de distintas cantidades, y vuelve á colocarse segun estaban al principio de la escena.)

CONDE. ¿Tienes de por qué aqui estamos
sospecha?

(Desde aqui se llevará la escena pausadamente.)

ANTON. Con perdon, oiga:
¿he de cobrar las sospechas?

CONDE. A no ser muy sándias... todas.

ANTON. Pues á sospechar comienzo.

CONDE. Pues comienzo á contar doblas.

ANTON. Hará poco mas de un mes
que un conde de Barcelona
á quien entre los mortales
Felipe cuarto se nombra
y rey, herido fué en una
aventurilla amorosa.
¿Voy bien?

CONDE. Soberanamente.

ANTON. —Contad, que eso no incomoda.—
Dos grandes le acompañaban,
si no falta mi memoria;
era el uno el condestable:
el otro.. la clara antorcha
que ilumina á nuestra patria,
el sol que brillante asoma...

CONDE. Para.—Caras pagar suelo
las ideas... porque hay pocas.
Nunca pago adulaciones,
porque... de balde me sobran.

ANTON. El otro... erais vos, señor.
Tres con la régia persona
cerraron á cuchilladas:
el condestable á la gloria,
ó al infierno, envió á uno,
y otro prendió, que á Segovia
irá. El señor Conde-Duque,
teniendo acaso en memoria
sus leyes sobre los duelos,
la espada mantuvo ociosa.

CONDE. Fuera otro Tito Livio
á escribir libros de historia.

ANTON. Protector sois de las letras.
(*Presentándole la mano.*)

CONDE. En tí las protejo. Toma.
(*Le dá uno ó dos montones.*)

ANTON. Bien!—Los reyes son ingratos.
Don Felipe aficion cobra
al condestable, y parece
que á privar comienza ahora.

CONDE. Dos privados tiene el rey.
(*Con mucha intencion.*)

- ANTON. Es mucho lujo. Uno sobra.
CONDE. Cuando un hombre perjudica...
ANTON. Se le mata ó se le compra.
CONDE. ¡Verter sangre!..
ANTON. Es imprudente.
Aun la mas azul es roja,
y produce ciertas manchas,
que ni el mismo tiempo borra.
Compremos al condestable.
CONDE. ¡Comprar á un grande!
ANTON. ¿Os asom bra?
¡Ah, ya! pedirá muy caro.
CONDE. ¿Qué es el mismo honor ignoras!
ANTON. Cada hombre tiene su precio.
El rey por una corona
se vende, el ministro por
la privanza que le agobia,
quién por una bella dama,
quién por una ejecutoria,
quién por un poco de oro,
y quién por una lisonja.
Hasta gratis hay algunos,
pero esos nadie los compra.
CONDE. Es que no tengo bastante
para comprarle
ANTON. En buen hora.
Sed parientes. (*Despues de pensar un rato.*)
CONDE. Ya lo somos.
ANTON. ¡Pist! poco.
CONDE. Unirnos importa
con otros lazos mas fuertes.
ANTON. El matrimonio los forma.
Tiene el señor condestable
una hija que es portentosa.
Doña Juana de Velasco.
CONDE. Yo...
ANTON. Razon teneis que os sobra.
Hay un leve inconveniente
que os priva tomar esposa.
Pues! á no ser que muriera
mi muy ilustre señora,
la duquesa de Olivares,

que Dios no quiera tal cosa.
Los viudos casarse pueden...
¿Qué pensais de esto?

CONDE. Que roba
al verdugo vuestro cuello,
quien no le entrega á la soga.

ANTON. ¡Bah, bah! Vueselencia estima
mucho mi humilde persona
para eso. ¿De quién si muero,
fiar podrá ciertas cosas,
que yo solo callaria?.

¡Jé!.. Vuesencia está de broma.

CONDE. Bien. Dejémoslo y sigamos.

ANTON. ¿Las amenazas se cobran?

CONDE. Como tú quieras.

ANTON. ¡Jé, jé!

(Tomando otro montoncito.)

Dios os premie tales obras.

CONDE. ¡Eh! despacio.

(Viendo va á coger otro monton.)

CONDE. Seguiremos.

La suerte de mi señora
doña Juana de Velasco,
es lo que mas nos importa,

CONDE. Antes que tú pensé en ello.

ANTON. ¿He adivinado? Una dobla. (Tomándola.)

Es necesario casarla,
que dama tan bella y moza
libre corre mil peligros,
y pues que no ha de ser monja...

Hace tiempo me contaron,
no sé qué galante historia
de un conde, que tuvo un hijo
de una dama... no española.

¿Sabe algo de esto vuestencia?

CONDE. ¿Hasta á mi me espías? (Sonriendo.)

ANTON. ¡Toma!

Usencia para que espie
me dá una paga, aunque corta.

CONDE. Bien, si.

ANTON. Mas por no espiarle,
ni un mal ducado me abona.

CONDE. ¿Y lo haces?..

ANTON. Por aficion.

La ociosidad es viciosa.

CONDE. Doble papel representas.

ANTON. La doblez dobla mis doblas.

CONDE. Proseguid.

ANTON. Era esta dama

ginovesa y muy hermosa;

don Francisco de Valcárcel,

alcalde de córte, amóla,

segun cuentos de la villa,

al par que ucelencia.

CONDE. Toma.

ANTON. Dios le premie.—Por entonces

á esta tierra procelosa

nació un hijo de esta dama,

sin que como á sangre propia

reconocerle quisiera

ninguno. Mas en la hora

de su muerte el buen alcalde

don Francisco, que Dios goza,

su nombre le dió; y murmuran

que usencia inspiró esta obra

de caridad, obra digna

de su alta piedad católica.

CONDE. Que me adulais, maese Gil.

ANTON. El hijo de la famosa

doña Margarita Spínola,

Julian Valcarcel se nombra.

Mas al nombrarle, mi mente

á doña Juana se torna.

Antes que todo es casarla.

CONDE. Maese bellaco, recoja.

ANTON. Decía que bien pudiera

(*Despues de tomar lo que le señala el Conde.*)

Julian ser hombre de nota:

acaso será su padre

otro que mas se conozca.

Vueselencia, por ejemplo.

La difunta muy llorosa

lo aseguraba.

CONDE.

Me entiendes.

- ANTON. Lo oyeron muchas personas.
CONDE. Eso.
ANTON. Y en su testamento
lo declara en toda forma.
CONDE. No testó.
ANTON. Bien. Yo me encargo
de hacer sacar una copia.
CONDE. Esa idea vale cinco.
ANTON. Para mi santa patrona. (*Tomándolas.*)
CONDE. Pero mi hijo es casado, (*Pensativo.*)
y unos lazos que Dios forja
no se desatan.
ANTON. Es cierto.
(*Con refinada hipocresía.*)
CONDE. ¿Tú?..
ANTON. ¡Desatar!.. No. Se cortan.
CONDE. Bien.
ANTON. Cuando un hombre hace daño, (*Rapidez.*)
se le mata ó se le compra.
Desechado lo primero,
por lo de la mancha roja.
Compremos al condestable.
CONDE. Expílicate.
ANTON. Reconozca
uclencia á don Julian.
CONDE. Mi alma de padre está ansiosa...
ANTON. Casadle con doña Juana.
CONDE. Mas su mujer...
ANTON. Nada importa.
Con doña Juana. Teneis
una llave que abre todas
las puertas... en español...
dinero, es decir, ¡Dios! ¡gloria!
CONDE. Mas el rey...
ANTON. ¿Quién es el rey?
CONDE. Felipe.
ANTON. ¡Ah! ya.—Se le compra.
CONDE. ¡Cómo!
ANTON. De una comedianta
llamada la Calderona
tuvo un hijo. Como os teme,
reconocerle no osa...

Mas si vos le dais ejemplo...

CONDE. ¡Guarda! ¡guarda!

Muy gozoso, y dándole lo que queda en la mesa.)

ANTON. ¡Habrá otra bolsa?

CONDE. Daréte cuanto tú quieras.

ANTON. ¡Jé, jé!.. Manos á la obra.

¡Ah de la casa! *(Llamando en el foro.)*

MARGAR. ¡Ay!—Señores...

ESCENA IX.

DICHOS, MARGARITA.

(Margarita sale corriendo por la puerta de la izquierda, y al verlos se asusta y quiere marcharse por el foro.)

ANTON. Ven acá, cara de rosa.

MARGAR. (¡Huy qué cara!)

CONDE. (Mas...

ANTON. Dejádme.)

(Al Conde.)

Esta es su hija; ¡qué joya!

¿Me das un beso?

MARGAR. ¡Yo!

ANTON. ¿No?

Pues déjalo, buena moza.

Jé... Dile á tu madrecita *(Acariciando.)*

que la esperan dos personas

aquí.—¿Te gustan los dulces?

Yo te daré. Corre, hermosa.

MARGAR. *(A la tarasca del Corpus robó. Esa cara no es propia.)*

ESCENA X.

EL CONDE-DUQUE, ANTON.

CONDE. Mas...

ANTON. Mucho dinero en ella. (*Rapidez.*)

Cederá con tal que corra.

Y una vez que los dos quieran...

CONDE. Es consecuencia forzosa

que el vicario de Madrid

dé por nulas estas bodas,

y que el Papa luego...

ANTON. Pues...

CONDE. Mas la rectitud notoria

de don Diego Castrejon,

el vicario...

ANTON. Eso no obsta.

Esto es justo. Hay diferencia

de clases... los dos se odian...

Ademas está vacante,—

y ofrecer no es dar—la hermosa

arzobispal de Toledo.

CONDE. Anton, mi privanza torna.

La duquesa de Olivares,

que en estos planes me apoya,

ya habrá dicho á mi Julian

que Enrique y Guzman se nombra.

El condestable está en ello.

ANTON. Entonces, ¿á qué de boca

de este humilde servidor

escuchábais?..

CONDE. Cautelosa

tu imaginacion, los medios

de vencer me proporciona.

Yo hacerlo pensé. Tú el cómo.

Esas miserias me enojan.

ANTON. ¡Chist! Doña Leonor se acerca.

que esté nuestra llave pronta.

ESCENA XI.

EL CONDE-DUQUE, ANTON, LEONOR.

LEONOR. ¡Ah!

(*Sorprendida al ver al Conde. Sale por la puerta izquierda.*)

CONDE. Señora...

LEONOR. ¿Vos, señor,
en tan humilde lugar?

CONDE. ¿Pues adónde puedo estar
que reciba mas honor?

LEONOR. Sentaos.

CONDE. Cuando lo hagais.

LEONOR. Porque de pié veros siento,
antes que vos tomo asiento.

Vuestra soy. ¿Qué me mandais?

ANTON. (Al grano.)

(*Aparte al Conde, colocándose tras el sillón en que
este se sienta.*)

CONDE. Vuestro marido...

LEONOR. De honra tan alta ignorante,
se halla de casa distante.

Que á haber tal cosa sabido,
desataleutado y loco

por tanta ventura ver,
hasta su mismo deber
pienso que tuviera en poco.

CONDE. Sé que lejos de aquí estaba, (*Con galanteria.*)

de ciertos deberes presa;
mas por Dios que no me pesa,
que no es á él á quien buscaba.

ANTON. (Vamos.)

LEONOR. ¿Cómo?

CONDE. No por Dios.

ANTON. (Bolsa en mano y al asunto)

LEONOR. Perdonadme si os pregunto
á quién buscáis, pues.

CONDE. A vos.

LEONOR. ¡A mí!

ANTON. El duque mi señor,

una nueva dulce y grata
por sí mismo daros trata.

LEONOR. ¡Cómo! ¡Tan alto favor!..
¿No era bastante el raudal
de mercedes que nos dais?

CONDE. No.

LEONOR. Y aun por malo pasais.

ANTON. Es que lo conocen mal.

CONDE. Yo...

ANTON. ¿Qué diríais, señora,
si fuera vuestro marido
lo que no habeis presumido?

LEONOR. ¿Él?.. No comprendo.

ANTON. ¿Si ahora
supiésemos que tenia
un padre ilustre?

LEONOR. Imposible.

CONDE. Mas... suponed que es posible.

LEONOR. Entonces... lo sentiria.

CONDE. (¡Oh!) (*Muy alegre.*)

ANTON. (¡Bien!) (*Id.*)

LEONOR. Casé con Julian
siendo él humilde persona.
Para quien nada ambiciona,
harto es verle capitan.

CONDE. ¡Bien, hija! (*Muy alegre.*)

LEONOR. ¡Tal regocijo!

ANTON. No es en balde. (Ni de balde.)

CONDE. No era su padre el alcalde.
Es mi hijo.

LEONOR. ¡Vuestro hijo!
(*Con estremada alegría.*)

ANTON. (¡Malo!)

LEONOR. ¡Qué dichas son estas!

CONDE. Mas...

LEONOR. Otro no hubiera ansiado,
no por grande, por honrado.

ANTON. (Cayóse la casa á cuestras.)

CONDE. (¡Oh!)

LEONOR. Vuestra mano, señor.

CONDE. Volved en vos y escuchad.

LEONOR. Mi respeto... mi humildad...

- ANTON. Tranquilizaos, Leonor.
Vuestro corazon sencillo,
vuestra alma pura, inocente,
no ansiará seguramente
el fausto, la pompa, el brillo...
- LEONOR. Comprendo. Quereis, señor,
que el caso no divulguemos.
Bien. Lo que de vos queremos
no es el nombre, es el amor.
- CONDE. (¡Cielos!) Bien.
- ANTON. Qué duda cabe.
- LEONOR. Sé callar, aunque mujer,
una dicha.
- CONDE. (Anton, ¿qué hacer?)
- ANTON. (La llave, señor, la llave.)
- LEONOR. ¿Qué teneis? (Al Conde.)
- ANTON. Es...
- LEONOR. ¿Vos tambien? (A Anton.)
Hablad, si amor os inspiro, (Al Conde.)
que ya como á padre os miro.
- CONDE. Es...
- ANTON. Que no entendísteis bien.
No hay que ocultar que Julian
es quien es.
- LEONOR. ¿Cómo?
- ANTON. (La llave.)
(Indicando siempre dinero.)
- CONDE. No, señora, ya el rey sabe
que es Enrique de Guzman.
- LEONOR. Entonces... ¡Ah, ya!
- ANTON. (Daos priesa.)
- LEONOR. Ya lo leo en vuestra frente.
¿Temeis que no represente
bien el papel de duquesa?
- ANTON. (¡Ah!) (Alegres.)
- CONDE. Si.
- LEONOR. Pues...
- ANTON. ¡Vos tan honrada,
en un mundo tan traidor!..
Estareis mucho mejor
de la corte retirada.
- LEONOR. Cierto.

ANTON. (Voy á hacerme un Fucar .

Mas bella que si se pinta,
mi señor tiene una quinta
en la ciudad de Sanlucar,
que baña el Guadalquivir:
alli tránquila y contenta
con mil ducados de renta,
podeis dichosa vivir.

CONDE. Si.

LEONOR. ¡Gracias! Pero... ¡Gran Dios!

CONDE. ¿Qué teneis?

LEONOR. ¡Por vos me aflijo!

¡Lejano de vuestro hijo,
cuánto vais á sufrir vos!

ANTON. { ¿Cómo?

CONDE.

LEONOR. Imposible es que exija
tanto. No... nos quedaremos.

CONDE. Es que...

ANTON. No nos entendemos.

LEONOR. Señor , yo tengo una hija
y sé bien lo que se quiere,
á los que ser hemos dado;
sé , que de ellos separado,
de pena al cabo se muere.
No receis pues que exija
lo que necio el labio dijo,
yo os dejaré vuestro hijo,
por el amor de mi hija.

CONDE. Bien —Vos partireis.

LEONOR. ¡Yo!

CONDE. Si.

LEONOR. ¡Yo! ¿Qué habeis de mí creido?

¡Yo dejar á mi marido!

Seria dejarme á mí.

ANTON. (¡Oro!) Con eso se cuenta.

La quinta vuestra será:
la renta se doblará.

LEONOR. ¿Qué hablais de quintas y renta?

CONDE. Acabemos.

ANTON. Al casaros

Don Julian no era quien es.

LEONOR. Si.

ANTON. Tanto sube despues,
que es forzoso divorciaros.
(*Con aplomo y rapidez.*)

LEONOR. ¿Qué? (*Cambio completo.*)

CONDE. Si.

ANTON. Ó mucho me equivoco,
ó fuerza será que case
con señora de su clase.

LEONOR. ¿Estoy loca ó está loco? (*Al Conde.*)

CONDE. Dice bien. (*Con frialdad.*)

LEONOR. ¡Pensar pretendo
que es esto y... no puede ser!
¡El tomar otra mujer!
¡No lo entiendo... no lo entiendo!

CONDE. Consentid. De vos lo imploro.

LEONOR. ¡Qué! ¿Quereis hacer pedazos
nuestros sacrosantos lazos?

CONDE. Si. Todo lo trunca el oro.

ANTON. Mucho os dará mi señor...

LEONOR. ¿Que el oro todo lo trunca?
¡Este hombre no ha visto nunca
una mujer con amor!

CONDE. Pero...

LEONOR. ¿Habré entendido mal?

¿Eso á mí me proponeis?

¿A mí? ¿Por quién me teneis?

CONDE. ¡Señora!

ANTON. (*¡Metal, metal!*) (*Al Conde.*)

CONDE. Del rey la suprema ley,
quiere que mi Enrique tenga
mujer, que de grandes venga.

LEONOR. ¡De grandes! Decid al rey
que por poco que le cuadre,
contra mi stirpe no arguya;
que si hoy Cádiz es tan suya,
es que estuvo allí mi padre.
Y que no son tan menguados
los que hacen á las Castillas
un cetro, con las astillas
del que rompen sus privados.

CONDE. ¿Cómo?

- LEONOR. Esto á su Majestad.
A usencia... decir deseo,
que de ser su hija me creo,
muy poco digna en verdad.
Mas que cuando me casé
Julian no trajo apellido,
y si hoy me honra tal marido
ya yo al casarme le honré.
Y por fin , que aunque incompleta
para quien Guzman se llama,
es muy mucho para dama
doña Leonor de Unzueta.
- CONDE. Tened , señora , y pensad
que rey , no ministro soy;
que no es ministro quien hoy
es rey de su Majestad.
- LEONOR. Tanta insolencia ya pasa
hasta de infamia la ley.
Mas si sois de España rey,
yo soy reina de esta casa.
Salid , salid con presteza.
- CONDE. ¿Me echais? (*Sonriendo.*)
- LEONOR. La razon me abona.
- CONDE. ¿Corona contra corona?
- LEONOR. Cabeza contra cabeza.
- CONDE. ¿Guerra á muerte? ¡Qué ilusion!
¡Loca estais!
- ANTON. ¡Pobre mujer!
- CONDE. Riquezas tengo y poder.
- LEONOR. Yo mas... yo tengo razon.
- CONDE. Ved que haré...
- LEONOR. Haced lo que os cuadre.
- CONDE. Arrepentíos.
- LEONOR. ¡Jamás!..
- CONDE. ¡Soy poderoso!
- LEONOR. ¡Yo mas!
- CONDE. ¡Yo soy el rey!
- LEONOR. ¡Yo soy madre!
- ANTON. ¡Madre!.. jé... (*Riendo malignamente.*)
- CONDE. Sígueme , Anton.
- ANTON. ¡Qué ideas tengo tan raras!
Lejos de sus hijas caras,

las madres débiles son.

LEONOR. ¿Qué quiere decir?

CONDE. (¡Ah!) ¿oís?

ANTON. ¡Jé, jé!

LEONOR. ¡De Dios en el nombre!

¿Qué ha proferido ese hombre?

No entiendo lo que decís.

CONDE. Lejos de...

LEONOR. ¡Por compasión!

Esa sonrisa... esa calma...

¡Jesus!! ¡Hija de mi alma! (*Cae de rodillas.*)

¡Oh! ¡perdon, señor, perdon!

ANTON. Perdon... (*Riendo y mirando al Conde.*)

CONDE. Acceded.

LEONOR. ¿A qué?

ANTON. (Ahora ofrecedle dinero). (*Al Conde.*)

LEONOR. ¡Ah! ¿yo consentir?.. Primero
sin hija me que laré. (*Se levanta.*)

ANTON. Pensadlo.

LEONOR. Ya está pensado.

Que estoy resuelta os advierto. (*Rapidez.*)

Decir podrán que la he muerto,
mas no que la he deshonrado.

CONDE. Sea.

ANTON. Cuidad que la fama
no difunda el caso.

LEONOR. ¡Oh!
¿Mas amenazas?

CONDE. No, no.

¡Amenazas á una dama!..

ANTON. ¡Bah! Mas se os debe advertir
por si algunos lo entendieren...

CONDE. Que oídos que tal oyeren,
nunca volverán á oír. (*Váse.*)

LEONOR. Adios. ¡Jesus! ¡Jesus!

(«Adios» con dignidad y afectando tranquilidad. «Jesus» cayendo desplomada en un sillón, cubriéndose con las manos el rostro. Pausa tras la cual aparecen en la puerta de la derecha Doña Juana y Barrientos. La primera con manto.)

ESCENA XII.

LEONOR, DOÑA JUANA, BARRIENTOS.

JUANA. ¿Ya
está sola?
(*Sin pasar del umbral de la puerta.*)

BARRIEN. ¿Mi señora?...
(*Acercándose á Leonor.*)

LEONOR. ¿Quién? ¡Ah! Déjame.

BARRIEN. Es que ahora
una señora aquí está,
esperándoos sin saber...

LEONOR. ¿Qué me importa?

BARRIEN. ¡Bien! bien, cedo.

LEONOR. Dile... Dile que no puedo;
que no quiero á nadie ver.
¡Vete!

(*Fuera de sí al ver que permanece á su lado.*)

BARRIEN. ¡Jesus! ¿Qué chubasco!
¿Veis? (*A Doña Juana.*)

JUANA. Bien. ¿Señora?
(*Llegándose á Leonor.*)

BARRIEN. ¡Por Dios!
(*A Doña Juana.*)

JUANA. ¿Señora?..

LEONOR. ¿Qué? ¡Ah! ¿Quién sois vos?
(*Levantándose.*)

JUANA. Doña Juana de Velasco.

LEONOR. ¡Doña Juana! Vete.
(*A Barrientos con imperio.*)

BARRIEN. Voy.
(*¿La hija del condestable
en esta casa? No es dable
ver mas confusiones hoy.*)

ESCENA XIII.

DOÑA LEONOR, DOÑA JUANA.

LEONOR. ¿Qué me quereis? Claro hablad,
porque mi frente se abrasa,

y no sé le que me pasa.

¿Qué me quereis? Acabad.

JUANA. ¿Sufris?

LEONOR. ¡Sufrir! No á fé mia.

(*Tratando de dominarse.*)

JUANA. Si el hablar ha de enojaros,
irme puedo sin hablaros.

Sé lo que saber queria.

LEONOR. ¿Cómo?

JUANA. Os he llegado á ver

y ya mis dudas se ahuyentan,

que lo que de vos me cuentan

en vos no puede caber.

Que si esa frente engañara,

si esa mirada mintiera,

imposible se me hiciera

que la verdad se encontrara.

LEONOR. No os entiendo.

JUANA. Perdonad

si en vuestro honor dudas tuve.

LEONOR. ¡Mi honor! Tengo aqui una nube.

(*Pasándose la mano por la frente.*)

No os entiendo: claro hablad.

JUANA. Lo que de vos me han contado.

LEONOR. Quien.

JUANA. Mi padre.

LEONOR. Acabad presto.

JUANA. Que es falsedad claro han puesto

los informes que he tomado.

LEONOR. Vuestro padre...

JUANA. Está cruel.

LEONOR. Esté como mas le cuadre,

¿qué me importa vuestro padre,

ni qué le importo yo á él?

JUANA. Del Conde-duque es amigo

y...

LEONOR. ¿Cómo?

JUANA. ¿No presumis?..

LEONOR. ¿El Conde-duque decis?

Hablad. Eso va conmigo.

JUANA. ¿Sabeis que es padre?..

LEONOR. Lo sé.

- JUANA. ¿De vuestro marido?..
- LEONOR. Si.
- JUANA. Y que...
- LEONOR. Me lo ha dicho á mí.
- JUANA. ¿Y sabéis por qué?
- LEONOR. ¿Por qué?
- JUANA. No, no os lo debo contar.
Vendré por vos esta noche,
y sin temor de un reproche
al rey iremos á hablar.
- LEONOR. Bien. ¡Pero el por qué, por Dios!
- JUANA. Como logremos hablarle...
- LEONOR. El por qué.
- JUANA. Quieren casarle.
- LEONOR. ¿Con quien?
- JUANA. Conmigo.
- LEONOR. ¡Con vos!
- ¿Y me lo decis á mí? (*Fuera de sí.*)
- ¿Sabéis que en mi casa estamos,
que solas nos encontramos,
que os puedo matar aquí?
- JUANA. ¡Señora!
- LEONOR. ¿Que soy de roca,
que no tendré compasion?
- JUANA. ¡Ah!
- LEONOR. ¿Qué decis? ¡Perdon!
- Yo estoy loca... Si... estoy loca.
- JUANA. Sosegad. Yo que hasta hoy
solo supe obedecer;
infamia tan grande al ver
resuelta á luchar estoy.
Cedido hubiera quizás
si en vos viese retratado
el monstruo que me han pintado:
mas no siendo así, ¡jamás!
- JULIAN. ¡Leonor, Leonor! (*Dentro.*)
- LEONOR. ¡Mi marido!
- (*Dando un grito de alegría.*)
- ¡Oh! Que no se me ocurriera
que es fuerza, que él consintiera.
¡Qué necia, qué necia he sido!
Hagan lo que mas les cuadre.

JULIAN. ¡Leonor!

LEONOR. ¡Julian!

JULIAN. ¡Qué felices

vamos á ser!

JUANA. (*Viendo al Conde en el fondo.*)

(¡Oh!..)

(*Doña Juana al oír á Julian corre hácia la puerta, pero al notar que la ha visto se detiene y se cubre con el manto.*)

LEONOR. ¿Qué dices?

JULIAN. ¡El Conde-duque es mi padre!

ESCENA XIV.

LEONOR, DOÑA JUANA, el CONDE, ANTON.

CONDE. Si. (*Presentándose en el foro.*)

JUANA. (¡Cielos!)

LEONOR. (¡Virgen Maria!)

CONDE. Si. (*Acercándose á Leonor.*)

LEONOR. No os acerqueis.

(*Al Conde con terror y á media voz.*)

JULIAN. Leonor...

ANTON. Jé, je... (*Lejos de...*)

(*Al oído de Leonor y sonriéndose maliciosamente.*)

LEONOR. ¡Señor!..

(*Al Conde inclinando la cabeza y luchando por dominarse.*)

CONDE. ¡En mis brazos, hija mía!

JULIAN. Su turbacion dispensad.

Dicha tan inesperada...

ANTON. (*Aquel coche... esta tapada... aquella dueña... escuchad.*) (*Al Conde.*)

CONDE. (*Que no sepa...*) (*A Leonor.*)

LEONOR. Callaré.)

ANTON. (Ó está mi cabeza vana (*Al Conde.*)
ó esa dama es Doña Juana.)

JULIAN. ¿Qué tienes, Leonor?

LEONOR. No sé.

CONDE. (¡Imprudente!)

(*Pasando al lado de Doña Juana y con tono amenazador.*)

- JUANA. (¡Oh!)
- ANTON. Ya estará
(*A doña Juana con mucha intenciou.*)
la calle libre á fé mia.
- CONDE. El galan que os perseguia (Id.)
no se ve en la calle ya.
- JULIAN. ¿Cómo?
- ANTON. Bien podeis partir.
- CONDE. Cuando á registrar salimos,
á mi Enrique solo vimos.
- ANTON. Segura podeis venir.
- CONDE. La mano dale hasta el coche. (*A Julian.*)
- LEONOR. ¡Cómo!
- JULIAN. Señora...
(*Acercándose á doña Juana.*)
- LEONOR. ¡Julian!
(*Dando un paso para detenerlo.*)
- JULIAN. ¿Qué?
- ANTON. (Lejos...) (*A Leonor.*)
- LEONOR. Vé. (¡Juntos van!)
- JUANA. (Con que á la noche...)
(*Pasando junto á Leonor y haciendo que se despiden.*)
- LEONOR. (¡A la noche!)
(*El Conde se despide cariñosamente de Leonor y Anton se marcha sin apartar los ojos de Leonor hasta que desaparece imponiéndole silencio. Leonor queda por un momento aterrada.*)

ESCENA XV.

LEONOR, GASPAR.

- LEONOR. ¡Oh!.. ¡Gaspar! ¡Gaspar!
(*Corriendo á la puerta de la izquierda y llamando.*)
- GASPAR. ¡Leonor!
(*Sale precipitadamente á la voz de Leonor.*)
- LEONOR. ¡Oye! ¡Los dos pensaremos.
(*Cogiéndolo de la mano y llevándolo al centro de la escena.*)
- GASPAR. ¿Qué tienes?
- LEONOR. Lo evitaremos

Julian...

GASPAR. Deja ese temor.

LEONOR. ¿Qué?

GASPAR. Desecha los recelos,
y no temas sus deslices.
Tus celos...

LEONOR. ¿Mis celos dices?
¿Qué importan ahora mis celos?

GASPAR. ¿Cómo?

LEONOR. Oye. Julian es hijo
del Conde-Duque.

GASPAR. Esa hablilla
corre ha tiempo por la villa.

LEONOR. El duque á mí me lo dijo.

GASPAR. ¡A tí!

LEONOR. Y le quiere elevar
de la grandeza al exceso...
Si... pero... tampoco es eso
de lo que te quiero hablar.

GASPAR. Mas...

LEONOR. Fuerza es que en mí lo leas:
que al pavor que esto me infunde
mi cabeza se confunde;
hierven aquí mis ideas.

GASPAR. ¡Habla!

LEONOR. Le dará poder,
le pondrá en un alto puesto...
No, no, no es esto, no es esto...
¡Ah!.. tú lo debes saber,

GASPAR. ¡Yo!..

(Aterrado al ver el estado de Leonor. Esta le mira
fijamente con los ojos desencajados.)

LEONOR. Sí, ya lo que te enoja,
pobre hermano, comprendí.

¿Por qué tiemblas ante mí
como en el árbol la hoja?

Dí, ¿por qué crudos enojos
tu pecho doliente rajan?

¿Por qué tus ojos se bajan
al tropezar con mis ojos?

GASPAR. (¡Dios mio!) ¿Sospecharias?..
son sospechas infundadas.

LEONOR. ¿Por qué tus manos heladas
son de fuego entre las mias?

GASPAR. Es...

LEONOR. Yo no sé definir
el mal que abrigo y que abrigas.
Yo quiero que me lo digas,
¡y me lo vas á decir!

GASPAR. A decirte... Tal placer...
(*Vendiéndose por un momento.*)
¡dicha tan suprema toco!
¡Tú!.. ¿qué digo? ¡Yo estoy loco!
(*Aterrado y volviendo en si.*)
No, no, no puede ser.

LEONOR. ¡Habla! Mi mente no atina;
mi ser está trastornado.

GASPAR. Nací yo muy desdichado;
¡naciste tú muy divina!

LEONOR. Que mas me ofusco confieso
á medida que te escucho.
Ya sé que me quieres mucho...
¡Pero no es eso, no es eso!

GASPAR. ¿Cómo?

LEONOR. ¡No!

GASPAR. ¿Otra pena habrá
que así el corazon taladre?

ESCENA XII.

LEONOR, GASPAR, MARGARITA.

MARGAR. ¡Victor! ¡Victor! ¡Señor padre
(*Mucha rapidez. Sale corriendo por el foro derecha,
y viene radiante de gozo.*)
sube á una carroza!

LEONOR. ¡Ah!!
Esa es mi pena cruel
que de tí juzgué sabida.

(*Recordando de un golpe y casi fuera de si.*)

¡Van á arrancarme la vida!

¡Van á separarme de él!

GASPAR. ¡Oh!

LEONOR. Corramos, hija mia.

¡Si detenerle no espero,
morir á sus ojos quiero!

MARGAR. ¡En carroza! ¡Qué alegría!

(Que ha vuelto al foro á ver desde allí á su padre, y sin oír lo que dice Leonor.)

LEONOR. ¡Vamos!

GASPAR. Delente, Leonor.

Conviene tener prudencia.

LEONOR. ¿Qué dices de conveniencia?

¡Te estoy hablando de amor!

(Coge á Margarita de la mano y corre con ella al foro. Gaspar la sigue atónito. Telon rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ИЗ АННОУ

ACTO SEGUNDO.

Habitacion alta de la misma casa. Balcon al foro, por el que se descubre el cielo cubierto de nubes. Una puerta á la derecha y dos á la izquierda: las paredes cubiertas de colgaduras de damasco carmesí, pendientes estas de una cornisa dorada del gusto de Alonso Cano: desde la cornisa al techo copias al óleo de los mejores cuadros de la época. En las puertas colgaduras con galerias tambien doradas: el artesonado mucho mas rico que el del primer acto. Sobre una mesa dos candeleros con velas encendidas: puertas vidrieras en el balcon.

ESCENA PRIMERA.

ANTON GIL, MARI-BARRIENTOS.

BARRIEN. Señor amo, que espereis.

(Saliendo por la primera puerta de la izquierda.)

ANTON. Bien. (No perdamos el tiempo.)

BARRIEN. Con esto, adios os quedad.

ANTON. ¿Cómo? ¿Me deja tan presto?

Venga acá, señora mia.

BARRIEN. No está bien que con mancebos doncellas á solas hablen.

ANTON. Cumpliendo los mandamientos

de la Santa Madre Iglesia,
no es este caso de infierno.

BARRIEN. Bueno por mi santiguada.

ANTON. Por las barbas... que no peino,
que en conversacion conmigo
no sufireis detrimento.
Teneis amos: yo tambien.
Murmuraremos.

BARRIEN. Murmuremos.

ANTON. (Es una alhaja la dueña.)

BARRIEN. (Galan es el escudero.)

Oiga.

ANTON. Oigo.

BARRIEN. ¿Antes de hablar,
quién es vuacé, saber puedo?

ANTON. Jé... jé... ¿No lo estais mirando?

Soy, señora, un pobre viejo
muy temeroso de Dios,
muy devoto de San Diego,
muy servidor de la santa,
muy buen cristiano, y muy vuestro.
Sirvo al señor Conde-duque,
que me honra mas que merezco:
nacé hidalgo de gotera,
he juntado unos cuartejos,
hijo soy de las montañas,
maese Anton Gil me pusieron,
en edad de merecer
me encuentro, por ser soltero,
plácenme los rostros blancos,
gústanme los ojos negros,
y en viendo los de una dueña
de vuestro garbo y arreo,
de frecuentar entro en ganas
el sétimo sacramento.

BARRIEN. ¡Ay! (Suspirando con fuerza.)

ANTON. ¿Qué pasa?

BARRIEN. Que me voy.

ANTON. ¿Cómo?

BARRIEN. No puedo oir eso.

ANTON. ¡Picaruela!

BARRIEN. Sois muy malo.

de la Santa Madre Iglesia,
no es este caso de infierno.

BARRIEN. Bueno por mi santiguada.

ANTON. Por las barbas... que no peino,
que en conversacion conmigo
no sufireis detrimento.
Teneis amos: yo tambien.
Murmuraremos.

BARRIEN. Murmuremos.

ANTON. (Es una alhaja la dueña.)

BARRIEN. (Galan es el escudero.)

Oiga.

ANTON. Oigo.

BARRIEN. ¿Antes de hablar,
quién es vuacé, saber puedo?

ANTON. Jé... jé... ¿No lo estais mirando?
Soy, señora, un pobre viejo
muy temeroso de Dios,
muy devoto de San Diego,
muy servidor de la santa,
muy buen cristiano, y muy vuestro.
Sirvo al señor Conde-duque,
que me honra mas que merezco:
nací hidalgo de gotera,
he juntado unos cuartejos,
hijo soy de las montañas,
maese Anton Gil me pusieron,
en edad de merecer
me encuentro, por ser soltero,
plácenme los rostros blancos,
gústanme los ojos negros,
y en viendo los de una dueña
de vuestro garbo y arreo,
de frecuentar entro en ganas
el sétimo sacramento.

BARRIEN. ¡Ay! (Suspirando con fuerza.)

ANTON. ¿Qué pasa?

BARRIEN. Que me voy.

ANTON. ¿Cómo?

BARRIEN. No puedo oir eso.

ANTON. ¡Picaruela!

BARRIEN. Sois muy malo.

Manos quedas.

ANTON. Ya estoy quedo.

¿No me quieres?

BARRIEN. ¡Maese Anton!

ANTON. ¡Gacela mia! (Camello.)

BARRIEN. ¿Teneis la alcancia llena?

ANTON. Pues.

BARRIEN. ¡Ay! ¡Mucho que te quiero!

ANTON. (Con mi llave quiere abrirme.

Esta vieja es de los nuestros.)

BARRIEN. ¿Nos casaremos en uno?

ANTON. ¡Y cómo que casaremos!

Cierto que hice una promesa

al Cristo de los Remedios,

de no casar con mujer

que mienta.

BARRIEN. Yo nunca miento.

ANTON. Una pregunta he de hacerte:

contesta y allá veremos.

¿Es verdad que tu señora

aquí recibe á un mancebo,

que entra por ese balcon

cuando está ausente tu dueño?

BARRIEN. ¡Jesus, qué calumnia!

ANTON. ¡Necia!..

Si ha venido un año entero

todas las noches.

BARRIEN. ¡Es falso!

ANTON. Pues casarnos no podemos.

BARRIEN. ¿Cómo?

ANTON. Yo sé que es verdad,

y la promesa que he hecho...

Has de decir que es así.

ó no he dicho nada.

BARRIEN. Bueno.

Pues mujer buscando vaya,

que á mi doncellez me atengo.

ANTON. Aguarda. (¡Ay bolsillo mio!)

BARRIEN. Vaya noramala el viejo.

ANTON. Mas...

BARRIEN. No escucho truhanerías.

Voy á contar el suceso.

ANTON. (¡Bolsillico de mi vida!)
(*Barrientos se dirige á la puerta primera izquierda. Anton, que habrá sacado un bolsillo, se lo pasa de una mano á otra haciendo sonar las monedas que contiene, imitando él al mismo tiempo el sonido. Barrientos al oír esto vuelve la cabeza y se detiene, y á medida que sigue el diálogo se va acercando y mostrándose cada vez mas cariñosa con Anton.*)

Tilin...

BARRIEN. ¿Eh?

ANTON. Tilin...

(*Afectando no oírla.*)

BARRIEN. ¿Qué es eso?

ANTON. Tilin... (*Id.*)

BARRIEN. ¿Llamais, maese Anton?

ANTON. Tilin...

BARRIEN. Bien mirado, creo...

que razon tener debeis.

ANTON. ¡Tin!

BARRIEN. Sois buen cristiano: y puesto
que asegurais que es verdad...

ANTON. ¡Tin, tin!

BARRIEN. ¿Es oro?

(*Acercándose y endulzando la voz.*)

ANTON. De Méjico.

(*Sin volver la cara y con sequedad.*)

BARRIEN. Sois muy galan... eso si.

ANTON. Barrientos, contadme aquello
del balcon.

BARRIEN. ¿Pues vos no érais
quien decia?..

ANTON. Ni por pienso.

—¡Tilin! Vos, que sois de casa,
fuisteis quien vió al encubierto.

¡Tin!

BARRIEN. ¿Hay mucho? (*Mirando al bolsillo.*)

ANTON. Quince doblas.

BARRIEN. Á fé de Mari-Barrientos,
que cosas pasan aqui
que en contarlas me avergüenzo.

ANTON. Con que cuando el amo sale...

BARRIEN. Entra el galán.

ANTON. ¿Si? ¡Qué tiempos!

Á todo el que os lo pregunte
lo direis.

BARRIEN. ¡Yo!

ANTON. ¡Tin!

BARRIEN. Consiento.

Venga.

ANTON. Del jardín la puerta

vais á abrir ahora.

BARRIEN. Bueno.

ANTON. La puerta...

BARRIEN. Quedará abierta.

ANTON. ¿Y direis eso?

BARRIEN. Dirélo.

ANTON. Si lo hiciéres, otro tanto
te daré.

BARRIEN. Dios os dé el premio.

¡Y qué conservado estais!

(*Después de tomar el bolsillo.*)

Nadie dirá que sois viejo.

Os bordaré una valona

con mis pecadores dedos.

ANTON. ¿Qué pasó cuando salimos
esta mañana?

BARRIEN. Corriendo

tras vuacedes la señora

salió, pero vino al suelo,

de un desmayo acometida.

ANTON. ¡Pobrecita!—¿Y pasó luego?

BARRIEN. Si. Luego con señor amo

se encerró en este aposento,

y salió muy consolada.

Visitas después vinieron,

que es prodigio; desde que

por Madrid se va esparciendo

que el amo es hijo del duque,

no los dejan un momento.

ANTON. Escuchad, señora mía,

soy curioso por extremo.

¿La hija de vuestro señor,

dónde duerme?

BARRIEN. ¿Dónde? Ahí dentro.

Esa es su estancia. ¡Qué niña!

(Señalando á la segunda puerta de la izquierda.)

ANTON. ¡Qué travesura y qué ingenio!

¿Con que no olvidareis?..

(Después de dirigir una mirada á la puerta.)

BARRIEN. Nada.

Perdóneme Dios si miento

y á mi señora calumnio.

Rezaré cincuenta credos.

ANTON. ¡Bah! Judas con ser apóstol

vendió á Cristo su maestro.

ESCENA II.

ANTON, BARRIENTOS, JULIAN.

JULIAN. ¡Anton?..

(Saliendo por la primera puerta de la izquierda.)

ANTON. ¿Señor?... (Al jardín.)

(A Barrientos.)

BARRIEN. El Señor quede con ellos.

(Váse por donde salió Julian.)

ESCENA III.

ANTON, JULIAN.

JULIAN. Me han dicho que me buscabas.

ANTON. Han dicho á usencia lo cierto.

Aquí el tiempo entretenia

rezando con la Barrientos.

JULIAN. Sé breve, porque dispongo

de muy contados momentos. (Sequedad.)

ANTON. Lo sé.

JULIAN. ¿Tú?

ANTON. Habeis recibido

de vuestro padre y mi dueño

el cargo de conducir

á Segovia á cierto preso,

y vais á marchar ahora.

Os manda por mi consejo.

JULIAN. ¿Qué dices?

ANTON. Según la orden,
si un punto dejais al reo,
pena teneis de la vida;
y no obsta el ser padre vuestro
quien es, para que si vos
no cumplieseis el precepto
se os cortara la cabeza;
que son los Guzmanes *Buenos*,
Porque un hombre de su raza
matar hizo á su hijo tierno.

JULIAN. Mas...

ANTON. Os quiero yo esta noche
de esta morada muy lejos.

JULIAN. Explicáte...

ANTON. Los villanos
como yo, honor no tenemos.
Es una prenda de lujo
que cuesta cara.

JULIAN. No entiendo...

ANTON. Mas cual guardamos las joyas
y el oro de nuestros dueños,
su honor sabemos guardar.
Un Guzman de vos han hecho,
y el honor de los Guzmanes
toca guardar á mi celo.
Idos tranquilo á Segovia,
que yo en vuestra casa quedo.

JULIAN. ¿Qué osas decir!

ANTON. Que mateis
al miserable no quiero,
que sois mucho, y él muy poco.
Por eso de aquí os alejo;
mas quedo en vuestro lugar.

JULIAN. ¿Mancha en mi honor? Habla presto.

ANTON. ¿Qué... no sabeis?..

JULIAN. ¿Qué?

ANTON. ¡Perdon!

(Mordió el pez en el anzuelo.)

JULIAN. ¡Habla!

ANTON. Vuestra esposa...

JULIAN. ¡Infame!

(Poniendo mano á la espada.)

ANTON. Herid. (Presentando el pecho.)

JULIAN. Di.

(Desconcertado al ver la frialdad de Anton.)

ANTON. (¡Pobre mancebo!)

Cada noche que estais fuera
de casa, un hombre encubierto
entra por ese balcon
á las doce.

JULIAN. ¡Mientes! (Fuera de sí.)

ANTON. Miento.

Matadme, pero á la una:
cuando al infame haya muerto.

JULIAN. Tu vida, ó las pruebas.

ANTON. (Duda)

Esto va que es un portento.)

¿Pruebas? Entrad á las doce

silencioso y con misterio

por la puerta del jardin,

que para él habrán abierto.

Traed una escala; al balcon

echadla, entrad sin rodeos,

y aqui le hallareis con ella.

Si no matadme... y *laus Deo*.

JULIAN. ¿Será posible? No, no.

ANTON. Mas qué digo... Soy un necio.

Para que vos no vengais,

os dí la guarda del preso.

Esta noche ser no puede,

que va vuestra vida en ello.

JULIAN. ¿Y qué me importa la vida,

si está mi honor de por medio?

ANTON. (Estos mozos tan honrados

producen mucho dinero.)

JULIAN. ¡Pero ay de tí si me engañas!

ANTON. Desnudo tendreis mi pecho.

(A las doce habrá aqui alguno

que si gente llega, presto

se ocultará...)

JULIAN. Es imposible.

(Algo apartado de Anton y meditabundo.)

ANTON. (Que si aqui llegan á verlo,

pena tendrá de la vida.

Sobra al divorcio pretexto.)

JULIAN. A las doce estaré aquí. (*Con resolucion.*)

ANTON. Si á venir estais resuelto,
disimulad bien con ella...

y encareced por extremo,
que aun siendo el primer ministro
de vos tan cercano deudo,
os cortára la cabeza
si abandonarais al reo.

Asi citará á su amante,
segura de que estais lejos.

JULIAN. Y ansié riquezas y honores.

¡Y eran de ambicion mis sueños!

ANTON. Pues nunca mejor que ahora.

A todos dirá en secreto
el Duque que es vuestro padre,
mas duda en reconoceros
por ser de poca nobleza
vuestra esposa.

JULIAN. No comprendo.

ANTON. Si os apartais de su amor,
mas alto subid el vuelo.

Los padres Santos de Roma

anulan los casamientos,
y hay damas nobles y ricas...

—Mas sin duda os soy molesto.

Adios, mi señor, que es tarde,
y que hacer tendreis aprestos
para la marcha.

JULIAN. Leonor...

la ambicion... ¡Arde mi cerebro!

ANTON. ¿Señor?... La paz de Dios quede
bajo este tranquilo techo.

Saluda á Gaspar al verlo aparecer, y despues dice
as últimas palabras con refinada hipocresia.)

ESCENA IV.

JULIAN, GASPAR.

GASPAR. Ya es la hora. (¿Este hombre aqui

con Julian?..)

JULIAN. Adios, Gaspar.

(Haciendo por tranquilizarse.)

GASPAR. ¿Te preparas á marchar?

JULIAN. ¿Qué hacer? (Disimulo.) Si.

GASPAR. Menguada noche te aguarda,
que está el cielo encapotado.

JULIAN. Robusto soy y soldado:
la lluvia no me acorbarda.

Si fueras tú...

GASPAR. No podria.

JULIAN. ¿Cómo te sientes?

GASPAR. Tal cual.

Ya te he dicho que este mal,
va muy largo todavia.

JULIAN. No pienses asi.

GASPAR. ¿Por qué?

El título que me inviste,
me dá un privilegio triste:
sé que de esto moriré.

JULIAN. Mas la ciencia no es posible
que se engañe si te escuda
un alma entera.

GASPAR. Sin duda.

Solo Dios es infalible.

Mas hay caso en que podrá

exclamar la ciencia humana:

«Ese hombre muere mañana.»

Y aquel hombre morirá.

De su estudio siempre en pos,

háblote por experiencia.

Dios es Dios siempre, la ciencia

es algunas veces Dios.

JULIAN. Horrible cosa es á fé

saber eso.

GASPAR. No á fé mia.

Próximamente sé el dia,

Julian, en que moriré.

¿Pero no sabe el soldado

mil veces al atacar,

que va la muerte á encontrar?

JULIAN. Es cierto.

GASPAR. ¿Y te has figurado,
que menos valor se halla
en quien vive entre la muerte,
que en el que la arrostra fuerte,
en los campos de batalla?

JULIAN. Mas tu mal...

GASPAR. Melancolia
el vulgo le dá por nombre.

JULIAN. ¿Y es sin cura?

GASPAR. En otro hombre
tal vez remedio tendria.

JULIAN. ¿Y en tí?..

GASPAR. Prestáronle alientos
causas que no son pasadas,
esperanzas malogradas,
callados padecimientos.
De lo que dicha se nombra
nunca vi los resplandores:
yo vivo como esas flores
que vegetan en la sombra.

JULIAN. No eras tan falto de brio
en otro tiempo.

GASPAR. No sé
á qué aludes.

JULIAN. Hablo de...

GASPAR. ¡Si! De nuestro desafio.
¡Ya ves! Ocho años hará,
y ya el brazo poco entero,
blandir no pudo el acero.

JULIAN. Fué el primer duelo quizá,
á pistola en esta tierra,
de la estocada y el tajo.

GASPAR. Maldita invencion que trajo
Buquingan de Ingalaterra.

JULIAN. ¡Oh!.. Como entonces te odiaba.

GASPAR. Fué un duelo terrible y fiero.

JULIAN. A tres pasos el primero
disparé, y que allí acababa
tu vida me presumí,
por la sangre de que lleno
te miré, cuando sereno,
tranquilo avanzar te ví.

GASPAR. Si.

JULIAN. Tu rostro mustio y triste
diabólico ser tenia,
cuando con sonrisa umbria
y ronca voz me dijiste...

GASPAR. «Matarte aqui es mi derecho:
(*Cortándole la palabra y con alguna intencion.*)

no pienses que te perdono
si la pistola abandono,
que apoyo sobre tu pecho.
Si á Leonor, el tiempo andando,
causas una pena sola,
uso haré de esta pistola
mis derechos recobrando.»

JULIAN. Yo á todo me sometí.
Cierto que poco arriesgaba,
pues ciego á Leonor amaba.

GASPAR. Tanto que creyendo en mí
un rival, me provocaste.

JULIAN. Y en pago fuiste mi hermano,
y me entregaste su mano.

GASPAR. Piénsome que mas la amaste
que la amas.

JULIAN. Mal has creído.

GASPAR. Si: que es de un ángel su amor.

JULIAN. (¡Oh!..)

MARGAR. Padre, duque y señor,
ucelencia está servido.

(*Recalcando mucho las palabras.*)

ESCENA V.

JULIAN, GASPAR, LEONOR y MARGARITA.

LEONOR. Si.

(*A Julian. Todos se sonrien al oir á Margarita.*)

MARGAR. Todo lo he hecho arreglar
y está á mi satisfaccion:

la capa sobre el arzon,
la maleta en su lugar.

¡Jesus, y cuántos quehaceres!

Como he estado atareada...

Para estas cosas no hay nada
con nosotras las mujeres.

LEONOR. Calla, bachillera.

MARGAR. Ay...

JULIAN. (¿Ella?..) Adios.

(A Leonor. El aparte dudando.)

LEONOR. ¿Tan presto?

JULIAN. Si.

GASPAR. Adios.

LEONOR. Adios. Piensa en mí.

JULIAN. (¿Qué duda en mi pecho hay?)

LEONOR. ¡Qué noche vas á llevar!

Tápate bien, que hace frio.

GASPAR. Si.

JULIAN. ¡Bah!..

LEONOR. Y piensa, Julian mío,
que tu Leonor ha de estar
hasta verte sin aliento.

JULIAN. Bien.

MARGAR. ¿Un beso!

JULIAN. Adios, querida.

LEONOR. ¡Ah!.. No dejes por mi vida
á tu preso ni un momento.

JULIAN. Aun siendo árbitro y señor
mi padre, esa figereza
me costará la cabeza.
(Mucho me cuida Leonor.)

LEONOR. ¡Oh!..

GASPAR. No tienes que temer.

LEONOR. No sé qué afán me devora.

JULIAN. Ea, adios: adios, señora.

(El primer adios á Leonor: el segundo á Margarita.)

MARGAR. ¡Ah!.. ¿qué me vais á traer?

JULIAN. ¿Quieres?..

MARGAR. Cualquier garanvaina.

No, no, un muñeco querria
porque hiciera compañía,
á mi doña Dinguindaina.

LEONOR. ¿Vamos?..

(A Margarita, queriendo acompañar á Julian.)

GASPAR. ¿Así descubierta?

JULIAN. No vendrás si oyes mi instancia.

LEONOR. Bien.

GASPAR. Voy abajo á mi estancia:
te acompaño hasta la puerta.

LEONOR. Que si puedes nuevas mandes.

JULIAN. Si haré. (De dudas voy lleno.)

GASPAR. Vamos.

(Leonor abraza á Julian y este besa á Margarita.)

LEONOR. (Desde la puerta.) Dios te traiga bueno.

MARGAR. Que tenga los ojos grandes.

(Gritando desde la puerta por donde han desaparecido Julian y Gaspar.)

ESCENA VI.

LEONOR, MARGARITA (1).

LEONOR. ¡Ay!

(Suspirando y dirigiendo una mirada á la puerta.)

MARGAR. ¿Va ya á ponerse así
cual acostumbra á sus solas
los ojos como amapolas?
Cuidado, que estoy yo aquí.

LEONOR. No, hija mia. (Cariñosamente.)

MARGAR. Si, ya sé
que esta mañana ha llorado,
que despues se ha desmayado:
¡buena me ha salido ucé!

LEONOR. ¡Calla!...

MARGAR. No, yo la critico
siempre que se lo merezca.
Siéntese ahí.

LEONOR. ¿Yo? (Sonriéndose.)

MARGAR. Obedezca.

Yo aquí. Hablemos un ratico.

(Hace sentar á Leonor en un sillón, y ella de un
brinco se sienta en su falda y le echa los brazos al
cuello.)

(1) Tanto á esta escena como la anterior procúresele dar toda la sencillez doméstica posible. Para estos casos cree el autor que debe estar reservada la naturalidad excesiva.

¿Qué tiene? Sepamos. Nada. (*Besándola.*)

LEONOR.

MARGAR. Que aqui no nos persuadimos con besuquitos y mimos.

Ya no vale el ser taimada.

LEONOR. Bien. No te quiero engañar.

MARGAR. Es decir, voy á engañarte.

LEONOR. No, no: no quiero negarte que hoy he tenido un pesar.

MARGAR. ¿Lo ve uced?... Mas ya ha pasado.

LEONOR.

Para que el mal cierto fuera, fuerza es que padre quisiera: su amor me ha tranquilizado.

MARGAR. ¡Bien!

LEONOR.

Ya esa pena cruel mella en mi pecho no hará.

Podrán matarme quizá, mas no separarme de él.

MARGAR. ¿Separarnos á las dos de padre?

LEONOR.

No: á mí.

MARGAR.

Lo digo porque yo á padre no sigo: lo que es yo me voy con vos.

LEONOR. ¿A quién quieres mas?

MARGAR.

¿De esos?

A vos.

LEONOR.

Falso...

MARGAR.

¡Verdad pura!

LEONOR.

Padre te da confitura.

MARGAR.

¡Si, pero vos me dais besos!

LEONOR.

¡Gloria mia!

MARGAR.

¿Contentica

se os ve? Contad. Uno, dos... tres... (*Besándola.*)

LEONOR.

¡Qué hermosa te hizo Dios!

MARGAR.

¡Cuatro! Huy... ¡qué madre tan rica! (*Dando un chillido y besándola repetidas veces con frenesi.*)

LEONOR.

Vale mil duelos prolijos el gozo de este momento.—

¡No saben lo que es contento
esas que no tienen hijos!

MARGAR. ¡Madre!

LEONOR. Ay... tarde será
para que estés levantada...

MARGAR. No tengo sueño.

LEONOR. Taimada.

MARGAR. Yo soy grandecica ya.

LEONOR. A dormir.

MARGAR. No está en mi mano;
mas como usarced lo mande...

Mirad : cuando yo sea grande
no os acostaré temprano.

LEONOR. ¡Zalamera! (*Empieza á llover.*)

MARGAR. ¿No ois, madre?

¡Huy! Qué llover tan sin tino.

LEONOR. ¡Jesus... por ese camino
bueno se pondrá tu padre!

MARGAR. ¡Pobre señor! ¡Es verdad!

LEONOR. ¡Y arrecia!

MARGAR. Si.

LEONOR. ¡Eh! Margarita:

las niñas á su camita.

BARRIEN. Por aqui. (*Dentro.*)

JUANA. ¿Señora?... (*Saliendo.*)

LEONOR. (*¡Ah!*) Entrad.

ESCENA VII.

LEONOR, MARGARITA, JUANA, BARRIENTOS.

JUANA. Es tarde.

LEONOR. Sin detencion
partiremos.

BARRIEN. (*¡Hola!...*)

JUANA. Presto.

BARRIEN. (Maese Anton pagará esto.
Diréelo á maese Anton.)

JUANA. Adornaos, mas presto sea.

LEONOR. En acostando á mi niña.

(A Margarita, que se habrá entretenido en observar las joyas de doña Juana.)

Vamos.

MARGAR. ¿Ya?...

LEONOR. Si.

MARGAR. Bien... No riña.

¿Barrientos?

BARRIEN. ¿Qué?

MARGAR. ¡Eres muy fea!

ESCENA VIII.

JUANA, BARRIENTOS.

BARRIEN. ¡Huy qué graciosa! (Se va.)

(Lo primero picada.)

(Obedezco á maese Gil.)

(Abre el balcon y encaja las hojas, colocando un sillón delante.)

JUANA. ¿Dueña?

BARRIEN. ¿Qué manda el abril

¡ay! á quien invierno es ya?

JUANA. ¿Qué hacia?

BARRIEN. Mi obligacion.

(Dé principio la comedia.)

JUANA. ¡Cómo? (Sigue lloviendo.)

BARRIEN. Mire que me asedia.

JUANA. ¿A qué abrir ese balcon?

(¿Será cierto?)

BARRIEN. ¿Este?

JUANA. Si. ¿A qué?

BARRIEN. No estando señor en casa,

esto cada noche pasa.

¡Jesus, Maria y José! (Relámpagos.)

JUANA. ¿Mas por qué lo manda abrir?

BARRIEN. No sé; mas cuando una puerta

se manda dejar abierta

es para entrar ó salir.

JUANA. Bien. Vete.

BARRIEN. No tengo prisa:

ya di á mis quehaceres fin
abriendo la del jardin.

JUANA. La de...

BARRIEN. Si. (¡Pues le interesa!...)

JUANA. ¡Con que es cierto!

BARRIEN. No se inflame.

JUANA. ¿Hipócrita esa mujer?..

No, nunca; no puede ser.

No hay ninguna tan infame.

¿Dices que abres el jardin?

BARRIEN. Como os lo estoy refiriendo.

(Paréceme estar oyendo
aquel dulce din, dilin.)

JUANA. Y cuando te he preguntado
por sus supuestos deslices,
¿por qué lo que ahora me dices
de tu ama no me has contado?

BARRIEN. ¡Jesus! yo no os conocia.

JUANA. Cierto.

BARRIEN. Y aunque os conociera...

¿Si esto público se hiciera,
el mundo qué supondria?

Yo odio la murmuracion,

y aunque haya visto y revisto

á un caballero, muy listo

escalar ese balcon,

como á mí nada me importa,

dello no quiero ocuparme:

á mas puedo equivocarme

que tengo la vista corta.

JUANA. (¡Oh!)

BARRIEN. (El doctor.) Quedad con Dios.

GASPAR. (Aun estan.) Señora mia...

BARRIEN. ¡Eh!.. ya teneis compañía.

(Doña Juana se cubre.)

(De mi dilin voy en pos.)

ESCENA IX.

DOÑA JUANA, GASPAR.

GASPAR. No os tapeis.

- JUANA. ¿Qué me decis?
- GASPAR. De Leonor deudo y amigo
nada reserva conmigo.
Sé quién sois y á qué venis.
- JUANA. Norabuena.
- GASPAR. Sé tambien
que el paso que vais á dar,
ni á ella bien le puede estar
ni á vos os puede estar bien.
JUANA. Por ella puede: por mí
resuelta en él me he empeñado;
mas mi empeño se ha pasado
desde que me encuentro aquí.
GASPAR. Haga lo que mas le cuadre,
y si es que razon le acude
ayúdesé y Dios le ayude,
que yo obedezco á mi padre.
- GASPAR. Entonces...
- JUANA. Si aqui he venido
sin temer que quien me viera
en mi honor dudas pusiera,
tan solo por ella ha sido.
Si con mi padre en querella
me iba al rey á presentar,
puedo á los cielos jurar
que era tan solo por ella.
Esto y mas pensaba hacer
resuelta en provecho suyo.
Cuando el hacerlo rebuyo
razon debo de tener.
- GASPAR. Juzgábaos, señora, yo
de otra suerte interesada.
¿Julian acaso os agrada?
- JUANA. No sé si me agrada ó no.
- GASPAR. Perdon si insisto en mi empeño,
que á un hombre que así mirais
muy interesada estais
en no hacerle vuestro dueño.
- JUANA. ¿Qué importa? Mi hado cruel
quiere que así se disponga.
Casaránme con quien ponga
en mi escudo otro cuartel.

GASPAR. ¿Y si algun ardiente amor sintierais?

JUANA. A este no escucho.
(*Llevándose la mano al corazon.*)

Las Velascos somos mucho para casar por amor. (*Con dolor.*)

GASPAR. Obediente á vuestro padre acallais vuestro interés, si; pero no el de quien es á la vez esposa y mi madre.

JUANA. No es mucho que lo penseis cuando aqui viéndome estais.

GASPAR. Cuando aqui estando cejais razon para ello tendreis.

JUANA. Sobra la de obedecer á quien es padre y señor.

GASPAR. No, que matais á Leonor.

JUANA. ¿Qué me importa esa mujer?

Oid. El preso de estado

que custodia don Julian,

que si insisto matarán,

es el solo ser que he amado.

GASPAR. ¡Oh!

JUANA. De su hermana el honor

le hizo al rey acometer.

Caso, ó muerto lo he de ver.

Esto hacia por Leonor.

GASPAR. Mirad...

JUANA. Creer no queria

lo que de ella me contaban.

Hoy sé que no me engañaban,

que mi afan no merecia.

Para el vínculo romper

una prueba se ha pedido...

la prueba que se ha ofrecido

sé que la pueden tener.

GASPAR. ¿Cómo?

JUANA. Más no es necesario

que la prueba que se ofrece

que así al vicario parece.

GASPAR. ¿Y dais crédito al vicario?

JUANA. En no dárselo hice mal.

Dios reina en su corazon.

GASPAR. ¡Dios! ¡Mentira! La ambicion
de una silla arzobispal.

JUANA. No paseis mas adelante
con ese duro reproche.

Sabed que esta misma noche
la verán con un amante.

GASPAR. ¡A Leonor!.. La intriga infiero:
yo la sabré contener.

JUANA. Adios.

GASPAR. ¡Cómo!

JUANA. A esa mujer

que me engañó, ver no quiero.

GASPAR. Bien. Doy gracias á mi estrella,
siempre de dichas avara,
por esta que me depara
de luchar solo por ella.

JUANA. Escuchad. La indignacion
que por haberme engañado
esa mujer me ha inspirado,
la mas que justa aversion

con que mis ojos la ven...
nunca es en mi pecho tal

que me haga querer su mal
ya que no busque su bien.

Si vos tomáis de ese modo
como propia su querella,

si la amais, velad por ella...
esta noche sobre todo.

No sé lo que tramarán
porque la prueba se dé

esta noche, solo sé
que pisa sobre un volcan.

Que el Duque se compromete
á darla, por su buen nombre,

y que el Conde-Duque es hombre
de cumplir lo que promete.

Le va en ello honor y vida,
y sé que una cita dió.

Velad por ella, si no
mañana estará perdida. (Váse.)

ESCENA X.

GASPAR, LEONOR.

GASPAR. ¡Leonor! (Llamando.)

LEONOR. ¡Solo! ¿Y doña Juana?

(Sale, y aderezada y con otro traje.)

GASPAR. Partió.

LEONOR. ¿Cómo? ¡Ah! oigo su coche.

Voy.

GASPAR. No saldrás esta noche.

LEONOR. ¿Y?..

GASPAR. Yo veré al rey mañana.

LEONOR. Pero...

GASPAR. El vicario ha exigido
para el divorcio fundar,
que esta noche le han de dar
pruebas de que infiel has sido.

LEONOR. ¡Yo infiel!

GASPAR. El Duque sabría
que ibas al rey por ayuda,
y en el camino sin duda
algun lazo prevenía.
Aunque ignoro lo que pasa,
esto llego á comprender...
Nada tienes que temer
no saliendo de tu casa.

LEONOR. Bien.

GASPAR. Sin embargo, recela
de todo, por lo que valga.
cierra bien cuando yo salga,
y pasa la noche en vela.

LEONOR. Gaspar, te vuelves un niño
en tratándose de mí.

GASPAR. El Duque es terrible.

LEONOR. Si...
¡Cuánto exagera el cariño!

GASPAR. Esta noche he de velar
aquí.

LEONOR. ¡Sí! Mientras yo duermo.
No seas loco. Estás enfermo.

Anda, anda, vete á acostar.

GASPAR. Pero...

LEONOR. Recobra la calma.

Yo ciega en Julian confio.

¡Ea!.. Adios, hermano mio.

CASPAR. Adios, hermana del alma.

(Gaspar se va por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA XI.

LEONOR.

(Todo este monólogo debe recitarse con mucha sencillez y con la entonacion que se le da vulgarmente á las frases domésticas con que está escrito.)

¡Ay! Si Julian me quisiera
como me quiere Gaspar...

¿Qué le hemos de remediar?

él me quiere á su manera.

—Ese temor que le agita,

y que al pronto me ha infundido...

—Me pareció haber oido

toser á mi Margarita.

No, no. — ¡Qué dia de afan!

Por mis culpas todo esto

sin duda Dios ha dispuesto.

— ¡Por dónde irá mi Julian?

¡Pobrecito! — ¡Eh! no, no es tos.

— ¡Oh!.. descanso necesito.

— ¡Caladito, caladito

por esos campos de Dios!

¡Cómo ha de ser! Malas trazas

tiene su padre y señor...

(Empieza á abrirse el balcon.)

Mas fué vano mi temor:

todo eso son amenazas.

Llamarme con tiernos nombres,

y luego... ¡necedad mia!

Eso fué á ver si cedia;

no son tan malos los hombres.

—Y Gaspar, mi pobre hermano, que así por mi bien padece.

Ese pobre me parece

que no llegará al verano.

—Pero ¿por qué se habrá ido

doña Juana? Tengo algunos

arranques tan importunos...

Acaso la habré ofendido.

—Cerremos.—¿Cómo ha de ser!

(Cierra la primera puerta de la derecha.)

Con mi carácter no puedo.

¡Oh!.. ¡pues no he tenido miedo!

(Estremeciéndose.)

¿Qué tengo aquí que temer?

—¡Ay, Julian del alma mía,

cuánto me has hecho hoy sufrir!

—Ea, vamos á dormir.

Mañana será de día.

—¡Lucho con no sé qué afán!

¡Separarnos! No. ¡Qué horror!

¡Ah! ¡Un hombre!

JULIAN.

Calla.

LEONOR.

¡Favor!

¡Socorro!

JULIAN.

Calla.

LEONOR.

¡Julian!

(Desde á mediados del monólogo se habrá visto entreabrir las vidrieras del balcon: despues Julian habrá sacado el brazo y habrá ido retirando poco á poco el sillón que estaba delante, pasado lo cual abre y aparece embozado, y va bajando lentamente hasta colocarse junto á Leonor. Esta al verlo lanza un grito y se pone de pié, quedando de espaldas á la mesa. Quiere huir, y Julian la detiene; quiere gritar, y le tapa la boca y se descubre.)

ESCENA III.

LEONOR, JULIAN.

LEONOR. ¡Tú! ¡tú!

JULIAN.

Sí. ¡Sola!

(Registrando la habitación con recelo.)

LEONOR. ¿Qué es esto?

JULIAN. ¿No escucha nadie? (Sombrio.)

LEONOR. Descuida.

JULIAN. Vé que va en ello mi vida.

LEONOR. No temas; ¡pero habla presto!

JULIAN. (¡Tiembla!)

LEONOR. Di, ¿qué te ha pasado?

JULIAN. Mirame á los ojos.

LEONOR. Di.

JULIAN. ¡Mira!

LEONOR. ¿Cómo estás aquí?

¡Ah! ¡Tu preso se ha escapado!

JULIAN. No. (¡Convulsa está!)

LEONOR. ¿Que no?

JULIAN. De otro negocio se trata.

LEONOR. Esta incertidumbre mata.

JULIAN. ¡Qué aderezada estás!

LEONOR. ¡Yo!.. (Cortada.)

JULIAN. Conven en que no es extraño

si á esta hora me maravilla

verte así, á tí, tan sencilla...

LEONOR. Esa calma me hace daño.

Cuando acaso te persiguen,

cuando temblando te escucho...

JULIAN. ¡Temblando!.. Me quieres mucho.

Mas no temas... no me siguen.

LEONOR. ¿Cómo?

JULIAN. (¡Mi cabeza arde!)

Ya el misterio penetré.

¿Visita esperas?..

LEONOR. No sé...

JULIAN. ¡Visita!.. No, no... es muy tarde.

Lo dicho: causa extrañeza;

en tal hora vertes así.

LEONOR. Bien. ¿Pero qué haces aquí?

¿por qué juegas tu cabeza?

JULIAN. Deja temores y asombros

y ese loco espanto acalla.

Esta cabeza aun se halla

muy firme sobre mis hombros.

LEONOR. Pero...

JULIAN. No hay miedo ninguno,
que yo salvarle sabré,
acaso, acaso no esté
tan segura la de alguno. (*Alzando la voz.*)

LEONOR. No, no, á tu preso has dejado,
y está en peligro tu vida.
Ven, es forzosa la huida.
Ven.

JULIAN. ¿No ves que me he sentado?

(*Con calma aterradora.*)

Deja el terror que te agobia,

Custodiado por mi alferéz

el bizarro Diego Perez,

va el preso para Segovia.

Aguila es mi jaca pia;

una hora aqui puedo estar

y á mis gentes alcanzar,

antes que alvorezca el dia.

LEONOR. ¿Pero á qué ese desvario?

JULIAN. El amor no mira nada.

Te dejé tan agitada...

LEONOR. ¡Gracias, gracias, Julian mio!

¡Por mí tanto has arriesgado!..

(*Con extremada alegría.*)

¿Y á este tiempo horror no tienes?

¡Huy qué capa! Bueno vienes.

¡Ay, quita: estarás calado!

JULIAN. ¡Leonor! (No se finge así.)

LEONOR. Has venido por mi amor.

¡Vete, vete! Esto es peor.

Vas á perderte por mí.

JULIAN. (Quiere echarme.)

LEONOR. Vete.

JULIAN. (¡Impia!)

Si así me pides que huya,

¿qué mucho que por la tuya

deje yo mi compañía?

LEONOR. ¡Por Dios!

JULIAN. Pudiera matar

á un hombre esta noche aqui

—fija los ojos en mí—

sin que nadie á sospechar

se atreviese que yo fuera...
que ninguno supondría
que así la cabeza mía
—mira mas—jugar pudiera.
¿No es verdad?..

LEONOR. Tienes razón.

Mas si te han visto al entrar...

JULIAN. No: lo he sabido evitar
escalando ese balcon.
(Movimiento de Leonor.)

Y á propósito: ¿es extraño!

Abierto me lo encontré
cuando que se cierra sé,
todas las noches del año.

Tambien del jardin la puerta
franca me brindó la entrada...

Te he encontrado á mi llegada
aderezada y despierta...

Desde que aqui estoy ahora

estás, Leonor, en un potro...

Es esto por mí... ¿ó por otro?

LEONOR. ¡Ah! ¡Julian!

JULIAN. Decid, señora.

(Cogiéndola fuertemente por el brazo.)

LEONOR. ¡Yo!

JULIAN. Contestad si podeis.

¿Aguardabais mi llegada?

LEONOR. Teneis mujer mas honrada

de lo que vos mereceis.

(Desasiéndose en un arranque de altivez.)

ESCENA XIII.

LEONOR, JULIAN, BARRIENTOS y el CONDE dentro.

JULIAN. Pruebas ansía mi afán.
Dámelas ó por la cruz
que...

BARRIEN. Subid: aun tiene luz.

(Dentro.)

CONDE. Llama.

(Id.)

JULIAN. ¡Mi padre!

LEONOR. ¡Julian!

:

(Queriéndolo arrastrar hácia el balcon.)

CONDE. ¡Leonor!

BARRIEN. ¡Señora!

(En la puerta de la derecha.)

JULIAN.

Adios.

LEONOR.

¡Ah!

(El «¡Ah!» al mirar por el balcon y corriendo hácia Julian.)

BARRIEN. Señor duque os quiere ver. (Dentro.)

LEONOR. Por aquí no puede ser.

Su coche en la puerta está.

BARRIEN. ¿Dormis?

LEONOR. ¡Oh! Toma. (Dándole una llave.)

BARRIEN. ¿Señora...?

(Dando golpes á la puerta.)

LEONOR. Esta llave te abrirá (Muy por lo bajo.)

la escalerilla que va

de ahí al patio. Sin demora

baja al cuarto de Gaspar

y él te dará diligente

caballo con que á tu gente

puedas ligero alcanzar.

JULIAN. Si, si, para sin clemencia (Muy por lo bajo.)
volver á vengarme aquí.

LEONOR. Sálvate tú, que de tí
me salvará mi inocencia. (Id.)

JULIAN. Por castigar tu maldad
vivir quiero.

LEONOR. Adios.

JULIAN. Adios.

LEONOR. Toma. (Dándole un candelero.)

CONDE. Abrid.

LEONOR. ¡Presto, por Dios!..

¡Ah!.. ¡Calma, calma! Pasad.

(Cierra la puerta de la izquierda por donde escapa Julian y atraviesa la escena procurando serenarse, y descorre el cerrojo de la puerta de la derecha.)

ESCENA XIV.

LEONOR, ANTON, el CONDE-DUQUE. CABALLEROS.

CONDE. ¡Hija mia! Entrad, señores.

LEONOR. Pasad.

ANTON. Allí está escondido.

(Al Conde señalándole la puerta izquierda, al notar que Leonor no aparta los ojos de ella.)

CONDE. Tu sueño habré interrumpido.

LEONOR. No.

ANTON. (Dejémonos de flores.) (Al Conde.)

CONDE. (Es verdad.) Cuando el jardín hace poco atravesamos, dos sombras mirar pensamos dentro de este camarín.

LEONOR. No...

ANTON. Tanto nos persuadimos, —lo que es en las cosas dar;— que en esta puerta al llamar, dos voces oír creímos.

CONDE. Es cierto.

LEONOR. (¡Dios poderoso!)

ANTON. Y la una se me figura que era la de... ¿Por ventura estaba aquí vuestro esposo?

LEONOR. ¡Julian! No, no lo creais.

ANTON. ¡Jé, jé! Se nos olvidaba que estar aquí le costaba la vida.

LEONOR. (¡Oh!)

CONDE. ¿Me afirmáis que fiel servidor del rey mi hijo custodia á su preso?

LEONOR. ¡Oh! si, si.

CONDE. Basta. Sin eso todo el rigor de la ley hiciera sobre él caer para ejemplo.

LEONOR. (¡Santo Dios!)

ANTON. ¿Quién estaba, pues, con vos?

LEONOR. ¡Conmigo! ¿Quién puede ser?

Estaba sola.

ANTON. Es que ahí fuera
escuchamos dos acentos.

LEONOR. ¿Dos?... Si. Tal vez la Barrientos.
Eso... la Barrientos era.

ANTON. Con mi señor y conmigo
la dueña estaba.

CONDE. A fé mia.

LEONOR. (¡Infeliz!) Si... si... sería...
(*Con voz casi imperceptible.*)
(Yo no sé lo que me digo.)

ANTON. Suplícola que se explique
mas claro. Diz, no os asombre,
que aquí recibis á un hombre,
fuera estando don Enrique.

LEONOR. ¿Cómo? ¿Sospechais de mí?

CONDE. Testigos traigo que abonen
que á la hora que tal suponen
sola te hallabas aquí.

ANTON. (Esta presa no se escapa.)

LEONOR. (Estoy perdida.)

ANTON. (¡Hola! ¡hola!...)

(*Viendo la capa que está sobre un sillón.*)

CONDE. Dí. ¿Con quién estabas?

LEONOR. Sola.

ANTON. Pues... ¿de quién es esta capa?

LEONOR. ¡Esa capa! (¡Le he perdido!)
No lo sé.

ANTON. (Bien marcha el plan.)

LEONOR. ¡Ah! si, si, si. Es de Julian.

ANTON. ¿No partió vuestro marido
á las once y media?

LEONOR. Si.

(¡Ah!) Pero al cambiar de traje
púsose la de viaje,

(*Con tranquilidad, creyendo haber encontrado un
medio.*)

y esa dejósela aquí.

ANTON. No es verdad. (*Con seguridad.*)

LEONOR. ¿Qué decis? (*Indignada.*)

ANTON. Nada.

¿Marchó á la hora?

- LEONOR. A fé mía.
- ANTON. Es que entonces no llovía,
y esta capa está mojada.
- LEONOR. ¡Ah!
- CONDE. (Bien.)
(*El Conde habrá estado entre los caballeros haciéndolos prestar atención.*)
- ANTON. No hayais desazon,
que nadie á dudar se atreve...
tal vez la estancia se llueve
ó entra agua por el balcon.
- LEONOR. Si, si.
- ANTON. La noche es muy mala.
Cerremos paso al relente.
Hay una escala pendiente!
- LEONOR. ¡Dios!
- ANTON. ¿De quién es esta escala?
- LEONOR. No sé.
- CONDE. ¿Confesais al fin?
- LEONOR. ¡Dejadme! Sois muy cruel.
- ANTON. ¿De quién es ese corcel
que relincha en el jardín?
- LEONOR. ¿Osais de mi honor dudar?
- CONDE. Contesta y me satisfago.
- LEONOR. De lo que en mi casa hago
cuentas no tengo que dar.
(*Movimiento de los caballeros.*)
- CONDE. A mí si.
- LEONOR. ¿A vos si?
- CONDE. Reporta.
- ANTON. Registraremos la casa.
- LEONOR. ¿Cómo? De aqui no se pasa.
- CONDE. Que te pierdes.
- LEONOR. ¡Qué me importa!
- (*Se coloca delante de la puerta primera izquierda.*)
- CONDE. ¡Paso! No esperes que ceda.
- LEONOR. ¡A una mujer!
- CONDE. Si.
- ANTON. (No escapa.) (Gozoso.)
- LEONOR. Vuestro padre mató á un Papa.
No lo roba quien lo hereda.
- CONDE. ¿Cómo?

- ANTON. Reprimid, señor,
esé arrojo innecesario.
- CONDE. Si, si. Contad al vicario (*A los caballeros.*)
cómo anda aquí nuestro honor.
- LEONOR. ¡Al vicario?
- CONDE. Es de importancia.
- LEONOR. ¡Qué infamia!
- CONDE. Decid, señora:
¿no ocultais un hombre ahora
dentro vuestra misma estancia?
- LEONOR. No.
- CONDE. Dejadme y lo verá.
- LEONOR. Nadie entrar aquí se atreva.
- ANTON. Dad al menos una prueba.
- LEONOR. ¿Una prueba?... La daré.
- ANTON. Que rasgue bien estas nubes.
- LEONOR. Dios me inspira. Es suficiente.
Ahi duerme mi hija inocente
soñando con los querubes.
- ANTON. Si otra no teneis mas fija...
- LEONOR. ¿Hay una madre siquiera
que á su amante recibiera
junto al cuarto de su hija?
- ANTON. Jé... (*Riendo.*)
- LEONOR. ¿Reis?
- ANTON. Cosas mas duras
se ven en unas y otros.
- LEONOR. ¿A qué os hablo yo á vosotros
de cosas santas y puras?
Razon teneis á fé mia;
mis palabras van al viento.
¿Qué entienden de sentimiento
un tirano y un espía?
- CONDE. Entrambos de honor crisoles
tu vileza quieren ver.
- (*Leonor corre hácia donde estan los caballeros, y vol-
viéndose en medio de ellos, dice dando un grito.*)
- LEONOR. Que insultan á una mujer,
¡caballeros españoles!
- CONDE. Clamores huecos y vanos.
- ANTON. (*Silencio.*)
(*A los caballeros, que dan algunas muestras de in-*

dignacion.)

LEONOR. ¿Qué, muerto habria

la sacrosanta hidalguia

de los pechos castellanos?

A innoble ambicion me inmola

con lazos torpes y arteros...

Caballeros, caballeros,

soy mujer, me encuentro sola.

ANTON. (Callad.) (A los caballeros.)

CONDE. Tocais mal registro.

LEONOR. ¡No hay aqui quien noble sea!

Ese traje es la librea,

sois lacayos del ministro.

CONDE. Vano es que el ingenio tuerzas.

LEONOR. Luchar sola no me espanta.

Soy madre: la Virgen santa

que lo fué, me dará fuerzas.

ANTON. ¡Ah!.. La niña...

(Como asaltado por una idea.)

CONDE. Bien está.

LEONOR. Me escuda un corazon puro.

ANTON. (Ahora.)

(Al Conde, indicándole la puerta primera izquierda.)

CONDE. Entremos.

(Colocándose á la puerta.)

LEONOR. ¡Oh!

(Corriendo hácia él.)

CONDE. Está oscuro.

Alumbra, Anton.

(Leonor forcejea con el Conde.)

ANTON. Voy.

LEONOR. ¡Ten! ¡Ah!

(Leonor quiere detener á Anton, que habrá tomado el candelero, y viendo que no tiene remedio corre á él y apaga la luz.)

ANTON. (¡Bien!)

(Se entra á tientas por la segunda puerta izquierda.)

CONDE. No tendré compasion.

LEONOR. Como honor nunca tuvisteis...

CONDE. No hay piedad.

LEONOR. Lo sé. ¡Nacisteis

en la casa de Neron!

CONDE. ¡Luces!

LEONOR. Nada hay que me aflija.

(¡Ya se alejará veloz!)

(Escuchando en la primera puerta izquierda. Anton sale con Margarita dormida en los brazos: esta da un grito despertando y Anton le tapa la boca, y después de caminar con dificultad desaparece por la primera puerta de la derecha y Margarita da otro grito ahogado cuando está fuera.)

MARGAR. ¡Madre!

CONDE. Bien. (Al oirla.)

MARGAR. ¡Madre!

LEONOR. Esa voz...

¡Mi hija! ¡Mi hija! ¡Mi hija!

(Leonor al oír la segunda voz de Margarita se lanza al centro de la escena fuera de sí y corre hacia la segunda puerta izquierda desatentada y en el mayor desorden, tropezando y dando gritos.)

ESCENA XV.

El CONDE, CABALLEROS, GASPAR, después LEONOR.

CONDE. ¡Ah!.. Señores, ya lo veis:
hay un hombre en su aposento
y está roto el casamiento.
Esto declarar podeis.

(Sale un criado con luces.)

GASPAR. ¿Qué es esto?

(Saliendo por la puerta primera de la izquierda, quedándose helado al ver al Conde y á los Caballeros.)

CONDE. Ved.

(A los Caballeros señalándole á Gaspar. Leonor sale corriendo en este momento y se queda en el centro de la escena sin poder hablar y mirando ferozmente al Conde-duque. Gaspar se le acerca y le dice por lo bajo.)

GASPAR. Se ha alejado:

tranquilízate, Leonor.

LEONOR. ¡Mi hija! ¡Socorro! ¡Favor!

(Lo primero al Conde-duque con ferocidad: lo se-

gundo á Gaspar , á quien no habrá escuchado antes,
y dirigiéndole las siguientes frases casi delirante.)

¡Ese! ¡ese! El diablo encarnado.

GASPAR. ¡Don Gaspar! (Al Conde con acento terrible.)

CONDE. ¡Guardias , á mí!

LEONOR. ¡Dámela , villano artero!

¡Mátalo! ¡Ah! no , no : tu acero.

¡Yo!

(Pugna con Gaspar por quitarle la espada.)

CONDE. Que no salgan de aquí.

(A los guardias que aparecen en la puerta izquierda.)

GASPAR. ¡Leonor! (Conteniéndola.)

LEONOR. ¡Dame! Yo haré vana

tu sed de sangre incesante.

¡Asesino del infante,

Zúñiga y Villamediana!

GASPAR. ¡Leonor!

LEONOR. Deja que dirija

mi brazo la Providencia.

GASPAR. Dios , ¿qué es esto?

CONDE. La demencia.

(Desaparece.)

LEONOR. ¡Mi hija!! Mi hija... mi hija.

(Se lanza contra el Conde , le faltan las fuerzas y cae. Gaspar corre á socorrerla. Los guardias dejan paso al Conde y cierran la puerta en el momento en que baja el telon con rapidez.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



ACTO TERCERO.

Galería de las damas en el Buen-Retiro. Dos puertas á la derecha y otras dos á la izquierda: la primera de la derecha será secreta. Tres arcos al foro, que dan vista á un salon con puerta al fondo, por la que se ve la escalera principal.—Los muros de la galería y del salon estarán pintados al fresco: en las puertas ricos tapices flamencos. La galería, el salon y la escalera estarán alumbradas por multitud de bujías colocadas en magníficas arañas. Mesa con tapete de terciopelo, sobre la que habrá dos candelabros.

ESCENA PRIMERA.

El CONDE, ANTON, JULIAN y DOÑA JUANA.

(El Conde aparece sentado junto á la mesa: á su espalda Anton, Julian y Doña Juana, algo apartados.)

CONDE. Que te niegue doña Juana
que por la misma Barrientos,
dueña de aquella traidora,
supo de todo el suceso.

ANTON. (¡Tilin!)

JUANA.

Yo...

ANTON. Negad si es falso.
 JULIAN. Es que mas callar no puedo,
 aunque me cueste la vida,
 que el hombre que en su aposento
 entró aquella noche...

CONDE. (*Rápidamente.*) ¡Calla!
 Lo que á decir vas no debo
 nunca saber.

ANTON. No se trata
 del que en un potro ligero
 salir vió alguno de casa,
 sí del que quedaba dentro.

CONDE. ¡Yo lo ví y llevé testigos!

JULIAN. Si lo que decis es cierto,
 disponed de mí.

CONDE. Es sangre
 de Guzman.

ANTON. Es... hijo vuestro.

CONDE. ¿El vicario?...

ANTON. ¿Qué vicario?

Yo tan solo de Toledo
 al arzobispo conozco.
 —Por esta noche á lo menos.

CONDE. Bien.

ANTON. Entró en la cerradura
 y abrió. Como siempre.

CONDE. Bueno.)

¿Está todo preparado
 para la boda?

(*El Conde habla con Julian aparte.*)

JUANA. ¡Un momento!

ANTON. En Segovia bien seguro (*Casi aparte.*)
 dejó don Enrique el preso.

JUANA. ¿Qué? (*Aterrada.*)

ANTON. ¿No es así?—Perdonad:
 vuesencia hablaba.

JUANA. Yo...

ANTON. (Es reo

(*A doña Juana.*)
 de Estado, y de mi señor
 pende que esté libre ó muerto
 mañana. Elegid.)

JUANA. (¡Gran Dios!)

ANTON. Nada negará mi dueño
á la esposa de su hijo.

JUANA. (¡Ah!)

ANTON. ¡Jél... (Señor, esto es hecho.)
(Al Conde.)
—Jé, jé, jé. En esos salones
las damas y caballeros
esperando estan á usencias.

CONDE. Dále la mano presto.

JULIAN. ¿Señora?...

JUANA. ¡Yo... yo!

ANTON. (¡Segovia!)

(A doña Juana.)

JULIAN. (Cuanto pasa es un ensueño.)

ESCENA II.

ANTON, el CONDE.

CONDE. Eres...

ANTON. Traducid la frase
al idioma del dinero.
Soy... ¿cuántos escudos?

CONDE. Mil.

ANTON. ¡Mil! Fiesta tienes, San Diego.

CONDE. Dejemos bellaquerías.

ANTON. Usencia mande á su siervo.

CONDE. Dentro de breves minutos
cumplido estará mi intento.

ANTON. Es decir que al condestable
habrá nuestra llave abierto.

CONDE. Quedan que arreglar...

ANTON. Miserias,
pequeñeces... Ese médico
que el rey mandar ha llamado...
El rey... Felipe.

CONDE. Comprendo.

ANTON. Y la viuda de Julian
Valcárcel. Por lo primero
demos principio. Ese hombre
dirá al rey cuanto hecho habemos.

- CONDE. Al de Haro, mi sobrino,
junto al rey Felipe tengo.
- ANTON. Estais perdido.
- CONDE. Fué siempre
adicto á mí.
- ANTON. Si á un plebeyo
le fuera dado juzgar
de lo que piensa su dueño,
diria...
- CONDE. Di.
- ANTON. Que uselencia
se va haciendo torpe y viejo.
- CONDE. ¿Cómo?
- ANTON. Desde que hace poco
tomásteis por hijo vuestro
á Julian, dejó el de Haro
de... de ser vuestro heredero.
- CONDE. No importa.
- ANTON. Como queráis.
- CONDE. Es noble.
- ANTON. Tendrá mas precio.
- CONDE. En él confio.
- ANTON. Haceis mal.
- CONDE. Que venga en buen hora el médico.
- ANTON. (¡Necio de mí! Le ha comprado.)
Bien — A la Leonor tornemos.
- CONDE. ¿Qué piensas de ella?
- ANTON. Finido
el divorcio y casamiento,
ya mal alguno hacer puede.
- CONDE. Entonces...
- ANTON. Calma. Sed viejo.
Aun cuando á impedir no alcance
lo que á su pesar hacemos,
si no consiente, mañana,
pasado... ó andando el tiempo
nulo hacer puede este enlace.
- CONDE. Su firma, y di qué te debo.
- ANTON. ¡Señor! (*Muy gozoso.*)
- CONDE. Consienta... y pide.
- ANTON. ¡Pedir!
- CONDE. ¿Cuánto quieres?
1. tin

ANTON. ¡Quiero!!...

—(¡Ah!) Lo hago gratis.

CONDE. Al punto

irás á Segovia preso.

ANTON. ¿Cómo?

CONDE. ¿Cuánto te da el otro?

ANTON. Me estais un agravio haciendo.

Soy honrado á mi manera,

con la honradez de los menos.

A uselencia me he vendido;

no soy mio y no me vendo.

CONDE. ¿Cuánto quieres por su firma?

ANTON. Lo he dicho. Nada.

CONDE. Acabemos.

El verte tan desprendido

me hace recelar.

ANTON. Es cierto.

Para comprar á una madre

sus hijos son lo primero.

A la niña de esa triste

en este palacio tengo...

Pediréle oro por ella.

Es pobre : su asentimiento

hacerla muy rica puede ..

¿Está usencia satisfecho?

Mis *gratis* salen muy caros.

—La cera está por los cielos.

CONDE. Esa niña estar debia

de Aranjuez en el colegio.

Si Julian la ve... El es padre...

y acaso...

ANTON. No paseis miedo.

En una estancia muy linda

y muy segura la tengo

con su dueña. Bruja infame,

que es mi ruina. Ser hambriento

de oro, al que nada le basta:

¡siempre pidiendo, pidiendo!

¡Señor, para qué querrán

estas gentes el dinero!

CONDE. Anton...

ANTON. Es una sanguijuela

que está mi sangre bebiendo:
CONDE. De esos animales cuentan,
maese Anton, que de pequeños
á los mas grandes les chupan
la sangre que ellos bebieron.

ANTON. Yo soy un pobre.

CONDE. Está bien.

Por ese lado no temo.

¿Mas no pudieran robártela?

ANTON. ¡Robármela!... ¿Qué estais diciendo?

¿Sabeis que vale mil doblas

ó dos mil?... ¡y estan los tiempos

que no se gana un ducado!

—Há tres años en Toledo

un jaqueton conocí,

por nombre Blas Corta-alientos.

Seis pies y tres de hombro á hombro;

de cada trago un pellejo,

y de cada puñalada

un cristiano á los infiernos.

Díjale: «toma tres doblas»,

y dijo: «¿quién es el muerto?»

Desde entonces me le traje

y á mi servicio le tengo...

Perdido há con los licores

memoria y entendimiento.

Solo le queda la sed;

le doy vino y es mi perro.

CONDE. Acaba.

ANTON. En la única puerta
que entrada da al aposento
de vuestra nieta *muy cara*,
de centinela le he puesto.

Su consigna es muy sencilla:

dos frases y un movimiento.

«Si alguien con la niña sale,
puñalada y tente perro.»

Si el rey á robarla fuera,

al rey clavára su acero.

CONDE. No me placen las violencias.

Llevadla al punto al colegio.

El hierro...

- ANTON. Razon os sobra.
Mas mata el oro que el hierro,
y es mas barato. Me cuesta
un sentido Corta-alientos.
- CONDE. Teneis guardias como el rey.
- ANTON. ¡Pues!no! Como tengo esto...
- CONDE. A otra cosa. ¿Qué murmura
la villa del casamiento?
- ANTON. Las gradas de San Felipe
son todas chistes y versos.
Diz que es doble don Julian
cuanto puede un hombre serlo:
*que tiene dos padres, dos
mujeres, dos abolengos
y dos caras. (1)*
- CONDE. ¡Miserables!
- ANTON. Y eso que no está Quevedo.
Añaden que con la pérdida
de España fin tendrá el cuento,
que vos hareis á la Caba
y Julian al conde artero.
- CONDE. Dejémoslo. En terminando
con la Unzueta el concierto,
llevad la niña á Aranjuez.
- ANTON. Vaya usencia satisfecho.
- CONDE. Me esperan para la boda.
Nuestro triunfo es ya completo.
- ANTON. Callad. ¿No ois?
- (Ruido en la puerta primera izquierda.)
- CONDE. ¿Quién se atreve?...
- LEONOR. Yo.
- CONDE. ¿Vos en este aposento?
- ANTON. (¿Qué importa?) (Reponiéndose.)
- LEONOR. Su Majestad
esta llave dió á su médico.

(1) De un romance de la época sobre este escandaloso
hecho.

ESCENA III.

DICHOS: LEONOR.

- CONDE. Celebro verte calmada
y pensando en tu interés.
- ANTON. De Julian la boda es
una cosa consumada.
- LEONOR. (¡Ah!)
- CONDE. Si.
- ANTON. De aqui os alejad.
Firmad vuestro asentimiento
al divorcio y casamiento,
y fijad la cantidad.
- LEONOR. ¿Dónde está el rey? (*Secamente.*)
- CONDE. ¿Qué quereis?
- LEONOR. A decirle lo que pasa
he salido de mi casa.
- ANTON. Ahí. (*Con frialdad.*)
- CONDE. ¡Calla!
- ANTON. Mas no entreis.
- LEONOR. ¿Violencias aqui?
- CONDE. Callad.
- LEONOR. El paso que solicito
dejad libre, ó lanzo un grito
y me oye su Majestad.
- ANTON. No hareis tal.—Dejad que obre
como cumpla á su decoro.
Necesitais mucho oro,
y asi quedareis muy pobre.
- LEONOR. Basta ya. Paso.
- CONDE. ¿Qué hacer?
- ANTON. ¡Jé, jé! Oid, aunque os aslija
El que tiene á vuestra hija
por oro la ha de volver.
(*Todo esto á media voz.*)
- LEONOR. ¡Ah!
- ANTON. Quitaos. No entrará. (*Al Conde.*)
Como amigos que seremos
este negocio arreglemos.
- LEONOR. Dadme mi hija.

ANTON. Se os dará.

LEONOR. Presto.

ANTON. Calma.

LEONOR. ¡Virgen madre!

CONDE. Calma.

LEONOR. Horror la vuestra inspira.

Y sois padre de... Mentira:

¡no sois digno de ser padre!

ANTON. Eh...

LEONOR. ¡Hijos! Tendreis que robarlos,

si, como ahora, os convienen.

Las víboras que los tienen

espiran al engendrarlos.

ANTON. Vamos...

LEONOR. ¿Vos hijos tener?...

¿No ser con vos estinguida

vuestra raza maldecida?

Dios no lo puede querer.

CONDE. ¡Señora!

ANTON. La pobre llora

su mal. Yo por ella abogo.

Dejadla. Es un desahogo.

A nuestro asunto, señora.

CONDE. ¿Cuánto quereis por firmar?

LEONOR. ¡Ah!... ¿Cuánto quereis por ella?

(A Anton en voz baja.)

ANTON. ¡Vale mucho!

LEONOR. ¡Mucho!

ANTON. Es bella.

LEONOR. ¡Si!)

ANTON. Mucho teneis que dar. (Al Conde.)

(Vos no pagais.) Me confirmo.

(El aparte á Leonor.)

Mucho.

CONDE. (¿Las cargas redoblas?)

LEONOR. ¿Cuánto es mucho? (A Anton.)

ANTON. ¡Hum... tres mil doblas!

(Despues de un momento de silencio y de gran lucha, Leonor dice el cuánto es mucho con cierta repugnancia y atolondramiento, al par que con viva ansiedad.)

LEONOR. Dad tres mil doblas y firmo.

- (Apoyándose en la mesa.)
- CONDE. Bien.
- ANTON. (Cuatro debí pedir.)
Firmad. (Leonor firma.)
- LEONOR. Traedla al momento.
- CONDE. Si hablais...
- LEONOR. En callar consiento.
Traedla. Voy á partir.
- ANTON. Mas que esta condicion rija.
Callad.
- LEONOR. ¡Presto, que estoy loca!
¡De qué ha de hablar esta boca
si besar puedo á mi hija!
(A Anton, que le impone silencio.)
- CONDE. Mas...
- LEONOR. Sentimientos humanos
en esos pechos no caben.
¡Es que estos hombres no saben
ni aun su oficio de villanos!
- ANTON. Pero...
- LEONOR. ¡A vuestra comprension
se escapa que asi me inflame!...
¡Hasta para ser infame
es menester corazon!
- ANTON. La niña aun es nuestra.
(Al Conde al marchar.)
- CONDE. Bien.
(A Anton, que se detiene reflexivo.)
—(¿Qué es eso? (Volviéndose.)
- ANTON. Estoy conmovido.
- CONDE. ¡Tú!)
- ANTON. (Mil doblas he perdido
por no decir «cuatro.»)
- CONDE. Ven. (Vanse.)

ESCENA IV.

LEONOR.

(Leonor recorre la escena fuera de si.)
¡Mi hija!... De gozo me muero
como há poco de dolor.

—¿Qué se me da de mi honor?
¿qué me importa el mundo entero?
Infernales alimañas
que el joro villano! cria,
¡que os dé el oro esta alegría
que se infiltra en mis entrañas!
Alma, tiempo es que recobres
la vida que roba el llanto.
¡Este gozo puro y santo
es el oro de los pobres!

.....
Envuelto en duelos prolijos,
Dios lo legó á la mujer.
Teneis riqueza y poder...
Las madres tenemos ¡hijos!
Y este bien sin mas allá,
bien que á divino trasciende,
no se vende. ¡Si se vende!
¡Yo compré mi hija!
(*En la mayor desesperacion.*)

ESCENA V.

LEONOR, JULIAN.

JULIAN y }
LEONOR. } ¡Ah!

(*Al ver á Julian que atraviesa el foro. La exclamacion de Leonor le hace que repare en ella, y queda como herido de rayo: tras de un momento baja lentamente.*)

LEONOR. ¡Ten! (*Pausa.*)

JULIAN. ¡Yo!

LEONOR. Cualquiera ha podido
sospechar que á otro hombre amé.
Todos, menos el infame
por quien mi honor he perdido.
—Que yo no te vea.

JULIAN. Mas...

LEONOR. Di, di quién en mi aposento
se ocultaba. Di que miento,
que no eras tú.

JULIAN.

Yo... jamás...

Mas todo ya se concilia:
tú has firmado, y aunque mientan
tu deshonor todos cuentan
y el honor de mi familia...

LEONOR.

¡Tu familia! ¡Ah! Tus desmanes.

Tal máscara disimula,
si, por tus venas circula
la sangre de los Guzmanes.

Pero el Bueno, que en si tija
cuanto hay de grande y prolijo,
por honor mató á su hijo,
y tú deshonoras tu hija.

De su sepulcro en lo hondo

se avergüenza al verte así.

Desde aquel Guzman á tí

hay un abismo sin fondo.

JULIAN.

Es...

LEONOR.

No quiero verte, no.

Sé feliz... goza.

JULIAN.

Yo debo...

Mi hija...

LEONOR.

Esa me la llevo.

¡Esa es mía, mía!

JULIAN.

¡Oh!

ESCENA VI.

DICHOS: GASPAS.

(Gaspar aparece en el foro, baja paulatinamente y colocándose al lado de Julian le dice con tono sombrío. Mucha solemnidad en toda esta escena.)

GASPAR.

Matarte aqui es mi derecho;

no pienses que te perdono

si la pistola abandono

que apoyo sobre tu pecho.

Si á Leonor el tiempo andando

causas una pena sola,

uso haré de esta pistola

mis derechos recobrando.

LEONOR y { ¡Oh!

JULIAN.

GASPAR. Preséntame ese pecho
que torpe pasión devora,
que ya ha llegado la hora
de recobrar mi derecho.

LEONOR. ¡Gaspar!

GASPAR.

De sonrisas lleno
viste el mundo en derredor:
un ángel te dió su amor;
tú le arrojastes al cieno.
Su blanca aureola pura
marchitó tu impuro aliento,
cual marchita helado viento
de las flores la hermosura.
Con seca y horrible calma
una palabra dijiste,
y el epitafio escribiste
en la tumba de su alma.
Mas á la que es mi contento
sin venganza no se inmola:
el taco de mi pistola
es su fé de casamiento.

Ven, que estoy en mi derecho
y no hay nada á disuadirme.

Antes que otra fé se firme
esta abrasará tu pecho.

LEONOR. ¡Gaspar! (*Suplicante.*)

GASPAR. (*¡Acento divino!*) (*Estremeciéndose.*)

Renuncio. Ve presto á armarte.

Bueno á bueno he de matarte:

(*Arrojando la pistola.*)

no quiero ser asesino.

JULIAN. —¡Oh!

GASPAR.

Cercada de jazmines,

(*Después de un momento de silencio.*)

triste, solitaria y quieta

se encuentra una plazoleta

en medio de esos jardines.

De la enramada á través

se vé, mas nadie la huella,

que doliente en mitad de ella

álzase un pobre ciprés;
y dice la tradicion
que en este palacio zumba,
que aquel ciprés es la tumba
del mas puro corazon.
Alli bajo forma humana,
que por su dolor asombra,
dicen que vaga la sombra
del noble Villamediana,
que murmura sordamente
ó con acento divino:
«Bendicion en la inocente!
¡Maldicion en mi asesino!»
—Alli ven, mal que te cuadre:
alli te espero con priesa.
¡Hijo de la ginovesa,
ese asesino es tu padre! (*Con mucha energia.*)
Alli al castigar cruel
tu infamia innoble y villana
diré con Villamediana:
¡maldicion de Dios en él!

JULIAN.

¡Sea!

GASPAR.

La luna dá luz
para que el odio se vea.
¡Que mañana el ciprés sea
de una nueva tumba cruz!

JULIAN.

¡Que tu rabia no sea vana;
que tu aliento no se tuerza!

GASPAR.

Que tu vista me dé fuerza,
(*Dando un grito fuera de sí.*)
sombra de Villamediana!!

JULIAN.

¡Ven!! (*Con voz seca. Váse.*)

ESCENA VII.

LEONOR, GASPAR.

LEONOR.

¡Gaspar! (*Luchando con él.*)

GASPAR.

Nada reparo
en este dolor profundo.

LEONOR.

¡Que no me queda en el mundo,
hermano, mas que tu amparo!

(Dando un grito.)

GASPAR. ¡Perdon, Leonor!

LEONOR. Mira, él
—te lo juro—me ha querido.

No puede ser; no ha podido
ser conmigo tan cruel.

Perdónalo como yo.

No, Julian no es tan infame.

Cuando al altar se le llame

—yo lo sé—dirá que no.

GASPAR. Mas...

LEONOR. El duelo...

GASPAR. Soy honrado.

LEONOR. Si osares de aquí salir
moriré.

GASPAR. ¡Tú! tú morir?

Julian para mí es sagrado.

¡Leonor! ¿oyes?

(Se oye el órgano de la capilla.)

LEONOR. ¿Qué? ¡Gran Dios!

GASPAR. ¡Leonor! ¡Leonor!

(Se ve pasar por el foro un piquete de la guardia amarilla; detrás multitud de damas y caballeros, muchos de ellos con los mantos de las órdenes militares; detrás el Conde-Duque, la Duquesa, Doña Juana y Julian; tras ellos otros cuantos alabarderos. Siguen los acordes del órgano.)

LEONOR. ¡Mira! ¡mira!

Terror esa gente inspira.

Parece que van en pos

de un cadáver. Mira, ve.

¡Qué silencio! ¿Dónde van?

¡Dime! ¿Callas? ¡Ah, Julian,

no lo digas; ya lo sé!

¡Julian! ¡Mi Julian! (Corriendo hacia el foro.)

GASPAR. ¡Leonor! (Deteniéndola.)

LEONOR. Deja. ¡Julian es robado!

Está conmigo casado.

No puede darte su amor.

GASPAR. ¡Leonor!

LEONOR. Deja. ¡Tú me engañas!

MARGAR. ¡Madre!

(Se oye á Margarita que grita por la primera puerta de la izquierda. Leonor baja desde el foro corriendo, y cerca á la puerta cae de rodillas en el momento en que Margarita sale y se refugia en sus brazos, y se besan y abrazan locas de alegría. Margarita viene descolorida y aterrada. Detrás la Barrientos casi sin poder hablar de terror.)

LEONOR. ¡Que otra le abrace!

¡Mi hija!! ¡Que case! ¡que case!

(Sale en este momento.)

MARGAR. ¡Madre!

LEONOR. ¡Hija de mis entrañas!

ESCENA VIII.

LEONOR, GASPAR, MARGARITA, BARBIENTO.

BARRIEN. ¡Jesus!

GASPAR. ¡Margarita!

MARGAR. Esos...

¡cuánto miedo!

LEONOR. ¡Qué alegría!

MARGAR. ¡Madre mía! ¡madre mía!

LEONOR. ¡Deja que te coma á besos!

ESCENA IX.

DICHOS: ANTON.

MARGAR. ¡Oh!

(Anton aparece en la primera puerta de la izquierda, pálido y descompuesto. Margarita al verlo corre hacia la derecha y se cubre con su madre. Anton vacila.)

LEONOR. ¡Quién se atreve?...

ANTON. ¡Favor!

GASPAR. ¿A llegar aquí te atreves?

MARGAR. Hoy pugarás las que debes.

ANTON. ¡Me han muerto! ¡Ah! vos sois doctor!
(Leonor se oculta con Margarita y Barrientos en la primera puerta de la derecha á una señal de Gaspar.)

ESCENA X.

ANTON, GASPAR.

ANTON. ¡Me ahogo!

GASPAR. ¿Qué teneis?

ANTON. ¡Oh!...

Salía há pocos momentos
con la niña... Corta-alientos
ébrio no me conoció,
y clavóme su puñal,
¡el puñal que yo he pagado!

GASPAR. ¡Justicia!

ANTON. ¡Aquí! ¡Me ha matado!

¡Curadme!

GASPAR. ¡Oh!

ANTON. Os he hecho mal...

mas yo lo repararé.

soy rico... muy rico... si.

Os daré... ved... ¡ay de mí!

cuanto querais os daré.

GASPAR. Es tarde.

ANTON. Tengo un tesoro:

curadme presto... me muero.

¡Vivir, vivir solo quiero!

Curadme, si, y tomad oro.

(*Arroja al suelo puñados de monedas de oro.*)

GASPAR. ¡No puedo!

ANTON. Soy Anton Gil,

el rey de los potentados.

¡Os daré diez mil ducados,

veinte, cuarenta, cien mil!

Tomad, si: de mi tesoro

las arcas tendreis abiertas.

Tomad... á todas las puertas

hace la llave de oro.

GASPAR. Olvidais en vuestro anhelo

y en vuestro dolor profundo,

que ni cierra las del mundo

ni nos abre las del cielo.

ANTON. ¡Curadme! ¡ay! tomad, tomad.

- GASPAR. Anton, esa llave impura
se quiebra en la cerradura
que abre á la felicidad.
Eleva el alma al Señor
si aun salvarte solícitas.
No médico necesitas:
has menester confesor.
- ANTON. ¡Confesor! No: el que hay aquí
es mi cómplice: ¡el vicario!
Curadme: si es necesario
seré vuestro esclavo, si...
- GASPAR. Del mayor crimen en medio
un acto de contrición
da al alma la salvación.
- ANTON. Es decir que no hay remedio.
- GASPAR. No: que tu alma no se embote
en punto tan soberano. (*Organo dentro.*)
Oremos juntos, hermano:
el médico es sacerdote.
- ANTON. ¿Hermano me llama?
- GASPAR. Si. (*Con asombro.*)
- ANTON. ¿Y no quieres mi dinero?
- GASPAR. No.
- ANTON. ¿Y me perdonas?
- GASPAR. Espero
que Dios me perdone así.
- ANTON. Habla: no dejes de hablar:
nueva luz al alma asiste.
¡Si, si, si! Dios existe,
pues que enseña á perdonar.
- GASPAR. ¡Anton!

ESCENA XI.

DICHOS: UN UJIER.

- UJIER. Al señor doctor
aguarda su Majestad.
- ANTON. El rey... ¡ah! á él me llevad,
él será mi confesor. (*Vánse.*)

ESCENA XII.

El CONDE-DUQUE, damas y caballeros.

CONDE. Gracias. (Mi triunfo es completo.)

(*En el foro.*)

Aseguré su reposo.

Mi hijo será muy dichoso

(*A las damas y caballeros.*)

con tan divino sujeto.

Voy á ver si ya... (*Ya en la escena sola.*)

ESCENA XIII.

LEONOR, MARGARITA, el CONDE.

LEONOR y MARGAR. ¡Ah! (*Saliendo.*)

CONDE. ¡Señora!

(*¡La niña aquí! Ese villano
me ha vendido.*)

ESCENA XIV.

DICHOS : GASPAS.

GASPAR. En propia mano

manda el rey que sin demora

os dé este pliego.

CONDE. ¡Dios!

MARGAR. ¡La paga

Cómo rabia. ¿Qué es?

LEONOR. No aceches.

CONDE. ¡Desterrado yo!

GASPAR. A Loeches.

El confesor Aliaga

y Gil Blas irán con vos.

CONDE. Al rey cual yo nadie ama.

Tornaré si es que me llama.

Adios.

MARGAR. ¡La del humo!

GASPAR. Adios.

ESCENA ULTIMA.

LEONOR, GASPAR, MARGARITA.

MARGAR. ¿Y señor padre?

LEONOR. De aqui

(Sin saber qué contestar.)

por largo tiempo se fué.

MARGAR. ¡Pues! cosas de su mercé.

¡Marcharse sin verme á mí!

(Se retira llorosa.)

GASPAR. ¡Leonor!

LEONOR. Gaspar, buen Gaspar.

GASPAR. Cuando el que quisimos tanto
es indigno de ese llanto
no se debe derramar.

LEONOR. ¡Le amé!

GASPAR. Olvida.

LEONOR. Le he olvidado.

GASPAR. ¿Por qué el llanto si hay olvido?

LEONOR. Por mi limpio honor perdido,
por mi nombre maucillado.

GASPAR. ¡Bien! Mas allá de los mares,
brotando de entre las olas,
otras tierras españolas
nos brindan con nuevos lares.

Nada á esta tierra le debo;

cuanto amé en ella padece;

á nuestros ojos se ofrece

un mundo vírgen y nuevo.

Nadie alli sabe tu historia;

cuanto quiero tengo en tí;

llevemos solo de aqui

de la patria la memoria.

LEONOR. No basta, hermano; soy madre.

GASPAR. Mil dichas en tí se juntan.

LEONOR. ¿Qué dirá si le preguntan
por el nombre de su padre?

GASPAR. ¡Ah! ten; aguarda. (Vacío.)

(Tomándose el pulso.)

LEONOR. ¿Estás malo?

- GASPAR. Aguarda. No.
- LEONOR. ¿Pero qué tienes, qué?
- GASPAR. Yo... (Pausa.)
- ¿Un nombre?... que diga el mío.
- (Con mucha frialdad.)
- LEONOR. ¿Cómo?
- GASPAR. ¿No soy yo tu hermano?
- ¿No es bien que en tu mal te acuda?
- LEONOR. ¡Oh Gaspar!
- GASPAR. ¿No estás viuda?...
- Pues bien; acepta mi mano.
- LEONOR. ¡Tal sacrificio! ¡qué horror!
- GASPAR. No lo es por ningún concepto.
- LEONOR. Ni aun por mi hija lo acepto.
- Sé que tienes un amor.
- GASPAR. Pues si lo sabes... (Fuera de sí.)
- LEONOR. ¿Qué?
- GASPAR. ¿Qué?
- ¡Si sabes lo que he querido,
- sabrás... que tú siempre has sido
- el ángel en que adoré!
- LEONOR. ¡Ah! me das horror! ¡También,
- tú también interesado!
- GASPAR. ¡Oh! toca este cuerpo helado:
- Ven; mira estos ojos bien.
- ¡Interés! ¿Sabes si un día
- podré siquiera vivir?
- LEONOR. ¿Cómo, cómo? ¡Tú morir!
- ¡Te daré la sangre mía!
- ¡Morir tú! tu ciencia yerra.
- ¿Morir sin gozar reposo
- el hombre mas generoso
- que jamás honró la tierra?
- Vamos, que vida te dé
- aquel sol abrasador...
- ¡y mi amor!
- GASPAR. ¿Cómo? ¡tu amor!
- LEONOR. Si, porque yo te amaré.
- GASPAR. ¡Tú!
- LEONOR. Te amaré.
- GASPAR. ¿Me amarás?
- LEONOR. ¡Si, hermano mío, mi esposo!

GASPAR. ¡Vida, vida, Dios piadoso!
¡vida, vida!

LEONOR. ¡La tendrás!!

(Margarita que habrá visto las monedas que arroja Anton, las recoge y saltando de alegría corre hacia su madre, esta al ver el oro recuerda de un golpe cuanto ha pasado.)

MARGAR. ¡Oro, oro!

LEONOR. Sin detencion
arroja ese vil tesoro.

GASPAR. ¡Que abra la llave de oro
las puertas de un corazon!!

(Margarita arroja las monedas; Leonor la coge en brazos, y Gaspar se arroja en los de Margarita.)

FIN DEL DRAMA.

LA ESCENA ESPAÑOLA.

OBRAS DRAMÁTICAS

DE

D. LUIS DE EGUILAZ

PERTENECIENTES Á ESTA COLECCION.

VERDADES AMARGAS (Tercera edicion.)

ALARCON.

LAS PROHIBICIONES.

UNA BROMA DE QUEVEDO.

EL CABALLERO DEL MILAGRO.

UNA VIRGEN DE MURILLO (1).

UNA AVENTURA DE TIRSO.

LA VERGONZOSA EN PALACIO (2).

MARIANA LA BARLÚ (Parodia de Adriana.)

LA VIDA DE JUAN SOLDADO.

LA VAQUERA DE LA FINOJOSA.

LA LLAVE DE ORO.

LA CRUZ EN LA SEPULTURA (3).

(1) En colaboracion con D. Luis Mariano de Larra.

(2) Comedia lirica, música de D. Manuel Fernandez Caballero.

(3) Arreglada á la escena moderna en colaboracion con D. Diego Luque.

LA ESCENA ESPAÑOLA.

OBRA DRAMÁTICA

DE

D. LUIS DE EGUÍAZ

PERTENECIENTES A ESTA COLECCIÓN.

VERDADERAS AMARGAS (Tercera edición.)

ALANCON.

LAS PROMISIONES.

UN DROMO DE GUERRA.

EL CABALLERO DEL MILANO.

UNA VIRGEN DE MUELLO (1).

UNA ATRINCHERA DE TIPO.

LA VERGONZOSA EN PALACIO (2).

MARIANA LA BARRA (Píndola de Adriano).

LA VIDA DE JUAN SORIANO.

LA VAQUERÍA DE LA FLORES.

LA LEY DE ORO.

LA CRUZ EN LA SEPULTURA (3).

(1) En colaboración con D. Luis Mariano de Lanza.

(2) Comedia lírica, música de D. Manuel Fernández Cabrer.

Libro.

(3) Adaptada a la escena moderna en colaboración con

D. Diego López.

C